

A-Caj.2017





A - Cij. 201/7

R
137181

Es propiedad
de D. V. de Lalama.

Librerías de Jordan,
Ríos, Pérez y Caeste.

BIBLIOTECA DRAMÁTICA.

QUIEN PIENSA MAL, MAL ACIERTA.

Comedia en tres actos y en verso; original de D. Luis Mariano de Larra y D. Juan Catalina, para representarse en el teatro de Variedades, (Lirico español y Supernumerario de la Comedia), en el mes de marzo de 1851.

PERSONAS.

ACTORES.

CLARA	Doña Luisa Yañez.
MATILDE	Doña Josefa Lopez.
SINFORIANA	Doña Maria Bardan.
CARLOS	D. Manuel Catalina.
DON DIEGO	D. José Aznar.
GUSTAVO	D. Juan Catalina.
DON PEDRO	D. Pedro de Sobrado.
EUGENIO	D. Eugenio Pastrana.
UN MOZO	
UN CRIADO	

El primer acto pasa en casa de don Diego: el segundo en la de don Pedro, en Madrid; y el tercero en una fonda en Cadiz. 1850.

El papel de Gustavo está escrito para que el actor le pronuncie como media lengua, pero no como tartamudo.

ACTO PRIMERO.

Salon en casa de don Diego. Puerta al fondo y laterales. Cortinas, butacas, etc.

ESCENA PRIMERA.

GUSTAVO, EUGENIO, entrando por el fondo.

Gus. ¡Vaya, vaya! ¡El buen Eugenio!
¡Tú por Madrid! ¡Qué fortuna!
Ecc. ¡Que quieres! Ya me cansaba
de correr á la ventura
ausente de mis amigos...
Gus. Y de las ricas tertulias (sentándose.)
que... Pero no; ya me acuerdo
que tú no ibas á ninguna.
¡Tan serio! ¡Tan taciturno!
¡Siempre con la faz tan mustia...
Ecc. No así ahora; te prometo (id.)
olvidar mis amarguras
y distraer mis pesares

como á tu designio cumpla.
Sabes, si, que no soy hombre
de esos de broma y de bulla,
que rien de cualquier cosa;
que se alegran de ninguna;
que se divierten con todo
y que de todo hacen burla.
Soy mas formal, y á pesar
de mi afan, con vuestra ayuda
quizá mi faz en alegre
se torne de siempre adusta.

Gus. ¡Bravo, chico! ¡Tú le lanzas
cuando es facil que concluya
yo de?..

Ecc. ¿Y Carlos?

Gus. ¡Pobre chico!
Adentro estará sin duda;
pero ya avisé al criado.

Ecc. ¿Y es feliz?

Gus. ¡Pich! El no murmura
de su suerte; pero hasta
á mi mismo me dá angustia...

Ecc. ¡Cómo!

Gus. Si, su padre sigue
quemándole la figura.
Le veda salir de casa,
prohibe que se reúna
con sus amigos, y manda
que no frecuente tertulias
ni reuniones; le tiene
como á un chico de la inclusa.
Si sale de casa, malo;
si yendo con él saluda
á una muger, ¿quién es ella?
con ronca voz le pregunta;
si le saluda un amigo,
al punto el chico se turba,
y el amigo se acalora,
y el vegete refunfuña.

Esta casa es un convento,
siempre está el padre á la usma,
y en viendo gente de fuera
ya tiene Carlitos música.
¡Que demonio! El chico es grande,
que le deje hacer la suya,
ó que le lleve á la Trapa
ó que lo meta en la cuna.

Ecg. ¿Y qué razones alega
el padre, para....

Gus. Ninguna:
que es su voluntad, y quiere
que sin réplica se cumpla.
Pero amigo, Carlos sabe
sentarle bien las costuras.

Ecg. ¡Cómo!

Gus. Es claro, el chico rabia;
hay ratos en que se atufa,
y en su patilla se salva
y en su bigote se escuda.

Un hombre que tiene barbas,
¿puede callar, por ventura,
cuando un padre despidado
su alegría y dicha turba?
Nada, chico; esta es la Europa;
todas son potencias nulas.

Ese chico es la Polonia
y el padre es el Czar de Rusia.

Ecg. En verdad que el pobre Carlos
estará....

Gus. ¡Si está que bufa!

Ello sí, el chico es muy bueno;
ni se queja ni murmura,
bien que á la chita callanda
por estos salones cruza,
y navega que es un gusto
hacia el mar de su ventura;
y en prueba de que no miento,
yo, embajador de fortuna,
vengo á avisarle que vaya
esta noche á la tertulia
del Marqués de Montecarlo
que es donde está su futura.

Ecg. ¿Y cómo tu te interesas
por agenas desventuras,
cuando de egoísta siempre
fuiste Rey desde la cuna?

Gus. Te diré; á mi me interesa
una joven dulce y pura
que pertenece á la casa
que te he nombrado. ¿Te burlas?
Pues si quieres, te presento,
y veras que es sin disputa
mi muchacha, de las bellas
de todo Madrid, la única.
Es la hija del Marqués,
que además de su fortuna,
que no es pequeña, atesora
de virtudes prendas muchas.

Ecg. Entonces, ¿qué es la de Carlos?

Gus. Es prima de mi futura,
y Matildita ya sabe...

Ecg. ¿La de Carlos?

Gus. Si, si apura
con sus chistes al demonio:
Burlona como ninguna;
por otra parte, es un angel,
en fin, á Carlos le gusta,
y en que él es hombre de gusto

no cabe la menor duda.
Con que ven; yo te presento;
entras conmigo, saludas,
ves á una chicha; la quieres;
te casas, y...

Ecg. No concluyas.

Quiero muchos requisitos,
y no los tendrá ninguna;
mi amor es más exigente
de lo que tú te figuras.

Gus. Aquí está Carlos. (Veamos
estos rasgos de ternura.)

ESCENA II.

Dichos, CARLOS.

Ecg. ¡Carlos! (se abrazan.)

CAR. ¡Eugenio! ¡Qué miro!
¡Un abrazo!

Ecg. Y mil y mil.

CAR. Al fin te miran mis ojos!
Soy como nadie feliz!

Ya era tiempo que tu ausencia
procurases resarcir
con cien días en los brazos
de tu amigo Carlos.

Ecg. Si.

Una de las pocas cosas
que me hicieron infeliz,
por abandonar de pronto
la confusion de Madrid,
fué la primera tal vez
estar ausente de ti.

CAR. ¡Ingrato! ¡Sin decir nada!

Sin hablar, sin escribir
una carta al menos, ya
que de la tierra al confin
te marchabas! Sin decirme
una palabra!

Gus. Ni á mi.

Ya ves ¡buenas noches, Carlos!

CAR. A Dios. Y vamos, al fin (á Eugenio.)

¡me dirás que causa pudo
hacerte de aquí salir,
sin dar cuenta de tu marcha
á nadie?

Gus. Cuéntanos; di.

Ecg. Aunque parezca muy raro

que en este siglo tan vil,
alguna afeccion moral
haga el corazon latir,
de manera que en la ausencia
pueda curarse un desliz,
esta fué sola la causa
que me ausentó sin decir
una palabra á ninguno

de mis amigos, de ti.
En un tiempo en que el amor
entre otras pasiones mil
es solo un negocio, puede
que se rieran de mi
si dijera que el amor
fué la causa...

Gus. ¡Jil! ¡Jil! ¡Jil!

¡El amor! ¡Pobre muchacho!
¡Ya se ve! Tu vives sin
tener la fortuna mia
en amores, dichas, y...

CAR. Prosigue; yo te comprendo;
tu corazon juvenil,

tu ardiente imaginación
y tu excesivo sentir,
son un retrato del alma
que escondida guardo aquí.

Erg. Una muger mas hermosa
que todas las de Madrid,
encendió en mi pecho un fuego
voraz, terrible, sin fin.

Améla; y ella... ¿Qué quieres!
no quiso mirar en mi
un corazon que de amarla
nunca se hartára.

Gus. ¡Jil! jil!
CAR. ¿Te despreció?

Eug. Muchas veces;
ya mas no pude sufrir,
y poniendo digue al fuego
que aun siento dentro de mi,
en la ausencia hallé una calma
que me hizo casi feliz.
Aislado, solo en el mundo,
y aunque con fortuna, sin
parientes que cuentas puedan
de mis acciones pedir,
atravesé el ancho mar
y al nuevo mundo me fui.

Pero allí como en el viejo
solo desengaños mil
hallé; hasta que al fin, cansado
y harto de tanto sufrir,
volver á la patria mia
en un punto resolví,
y aquí me tienes, sino
curado de mi infeliz
pasion, al menos resuelto
á no dejarme abatir.

Gus. Pues señor, la historia es bella!
Tiene chiste!... ¡Jil! jil!
Nada, chico; has hecho bien.
Vaya al infierno el esplumero
y á divertirté; á gozar!
Amar es accion pueril!

CAR. Tal vez olvides un dia
á la que no miró en tí
ese noble corazon
que hiciera á todas feliz.
Mientras, olvida las penas.

Eug. Procuraré hacerlo así.
Gus. ¡Tu, mocito! Aprende de ese
que es un sátrapa de mil
demonios.

CAR. ¡Cómo!
Gus. No pongas
esa carita mongil.

CAR. No comprendo.
Gus. ¡Hipocriton!

¿Esta noche podrás ir
á la casa del Marqués
de Montes-claros?

CAR. Ah! Sí (con fuego.)
Eug. ¡Que tal! Dentro de dos meses
se casa.. Se casa; y...

CAR. No lo creas. Son mentiras (á Eugenio.)
de Gustavo.

Gus. ¡Yo mentir!
¡Pues me gusta! Pero callo;
os dejo á los dos aquí,
que yo, si he de acompañarte,

Carlos, me voy á vestir,
y luego dentro de un rato...
Un rato, vuelvo por tí.
A Dios. Eugenio. Me alegro
verte bueno, y... ¡Jil! jil! jil! (vase por el fondo.)

ESCENA III.

CARLOS, EUGENIO.

Eug. Y ahora, pues que te he contado
mis penas, ¿querrás decir
á un amigo, de las tuyas
la causa?

CAR. No la hay en mi,
porque no soy desgraciado.

Eug. ¡Connigo, Carlos, fingir!
No me dice tu semblante,
la inquietud que advierto en tí,
que las penas en el mundo
son patrimonio de mil.

CAR. Tienes razon; tambien lucho
en un piélagos sin fin
que me anonada y me aterra;
que no me deja vivir.
Tu al menos joven y libre
puedes disponer de tí;
si una muger te desprecia
puedes apartarte al fin
de la causa que en tu pecho
te haga llorar y sufrir.
Tu puedes en un amigo
confiarte. Yo... ¡Ay de mí!
ni la libertad siquiera
tengo de poder morir.

Eug. No te comprendo.

CAR. Mi padre.

Eug. ¿Sigue como siempre?

CAR. Sí.
Tú no sabes... De sus labios
á todas horas oir
órdenes que rebajando
mi dignidad, sin sentir
de la libertad me privan.
¡Yo que tan libre nací!
Y no es caracter ridiculo
el de mi padre! No un vil
mezquino interés pudiera
hacerle mandarme así;
alguna causa mas grave,
que no pude traslucir,
lo obligó á que prision
sea esta casa para mí.
Si ve un hombre que me abraza,
que me saluda, de mil
arrugas se llena al punto
su frente, y en todo así...

Eug. Sin embargo, esos son males
que el tiempo... Su amor, en fin,
disculpa tales rarezas.

CAR. Luego.. Si puedo salir
de esta casa, y quiero alegre
respirar y sonreír
con el amor que una hermosa
ha depositado en mí,
tambien la misma desgracia,
Eugenio, me sigue allí.
La familia de la bella
á quien adoro, sin fin

la celda, y ni una palabra puede de mi labio oír, sin tener reconvenções que la hacen muy infeliz. Harto ya de estas horribles contrariedades sin fin, la ausencia quiero oponer, á ver si al menos así soy mas dichoso.

ECC. ¿Y á dónde, Carlos mio, piensas ir? El recuerdo de tu amor te perseguirá hasta allí. Y vivir con un recuerdo que nos mata, no es vivir.

CAR. Tal vez razon tengas, pero en mi delirio febril, sin saber lo que me hacia ayer la carta escribi en que para siempre, Eugenio, de mi amor me despedi. Como es costumbre, no pude sin dejarle traslucir dársela, y no sé en que mueble de ella la carta escondi. Mi padre abandonar quiere dentro de poco á Madrid; y ahora tambien lo deseo; huiré y muy lejos, si. Cuanto mas lejos vayamos, será menos infeliz. Aqui la vida sin ella es un tormento sin fin.

ECC. Yo nada decirte quiero. Si de algo puedo servir, cuanto tengo y cuanto valgo todo es, Carlos, para ti. Pero las penas del alma no se pueden compartir, que ha poderse, yo tomara cuantas tienes.

CAR. Gracias mil. Ya sé que eres muy mi amigo, y tanto, que si venir quieres, te ofrezco que veas á la muger que amo.

ECC. Si. Tendré un gran placer. Ahora me esperan, y marcho sin detenerme. En concluyendo volveré y podremos ir.

CAR. A Dios.

ECC. A Dios. Un abrazo.

DIE. ¡Cielos! (aparece en el fondo.)

CAR. Hasta luego.

ECC. Si. (hace una cortesia.)

ESCENA IV.

DON DIEGO, CARLOS.

CAR. ¡Mi padre!

DIE. ¿Quién es ese hombre?

CAR. Señor... Un amigo mio.

DIE. ¿A quien quiero, y en quien fio?

CAR. Su nombre, Carlos, su nombre.

CAR. Eugenio de Sandobal.

DIE. (Siempre estos muchachos ciegos...) Segun advierto, á mis ruegos te revelas, y haces mal.

Sabes mi carácter bien, y cuando un padre previene una cosa, razon tiene en sus órdenes tambien.

Mil veces te lo adverti, y esto ya de burla pasa; lo sabes, esta es mi casa; yo no quiero hombres aqui.

CAR. Permita usted, padre mio, que á su empeño me revele, que mandarme como suele es rebajar mi alvedrio. Cuanto ser el mundo encierra al llegar á cierta edad, agerce su voluntad y su dominio en la tierra.

Si teme usted los engaños de que este mundo está lleno, tal empeño es solo bueno para niños de diez años; no para mi, que en la fuerza de mi edad, señor, estoy;

y esto que le digo hoy no habrá en el mundo quien tuerza.

DIE. ¿De un padre la orden es vana?

CAR. Si, cuando en nada se funda.

DIE. Puede, Carlos, que te infunda miedo escucharme mañana.

CAR. Si al menos con el cariño tal voluntad se escudase, tal vez de otro modo obrase...

DIE. Veo, Carlos, que eres un niño. Pero, pues quieres saber de mi aspeza el motivo, no mas me hallarás esquivo, sé lo que tengo que hacer.

¡Necio! ¿Que no ha adivinado tras de mi nublada frente de amor sin fin, una fuente solo para ti guardado!

Oye, y graba en tu memoria lo que te voy á contar; puede que te haga temblar, hijo del alma, mi historia.

Yo tambien como tu, un dia quise lanzarme á ese mundo, lodazal podrido, inmundo, que conocer no debia.

Yo tambien, mudo testigo de la que yo crei dicha, busqué para mi desdicha una muger y un amigo;

muger á quien amé ciego, á quien di mi vida y mano, amigo que fué mi hermano para ser verdugo luego.

Y feliz en la ilusion de mi mezquina creencia á él le di mi inteligencia y á ella mi corazon.

Ella tuvo en mi amoroso pensamiento... amor sin lisa; él tuvo fortuna, casa, dicha, carrera y reposo.

Ambos á mi me debian el bienestar, la fortuna; y ambos sin causa ninguna me infamaban y vendian.

Si, Carlos; un dia vi

lo que nunca ver quisiera...
vi la traicion mas ratera.
Viéndolo, no lo creí.
Carlos, aunque no te cuadre
á que lo sepas te obligo;
aquel hombre era mi amigo;
aquella muger, tu madre.

CAR. ¡Oh, callad!

DIE. Me has provocado,
y que me oigas es preciso.
Descendi del Paraiso
al infierno abominado.
Vime solo; que la muerte
quizá mas justa que yo,
á entrambos, Carlos, llevó;
esa fué, Carlos, su suerte.
De entonces, tú eres mi mundo,
mi contento y mi alegría,
y por ti solo tendria
este afecto sin segundo.
Tú, fruto de la pasion,
de mis únicos amores,
engendras hoy mas dolores
en mi seco corazon.
Ya que una muger infiel
y un amigo desleal
arrancaron el vital
aliento que hoy torna á él.

CAR. Por favor. Calle usted, padre.
DIE. Que no me escuchas, colijo.
CAR. No es dable escuchar á un hijo
la deshonra de su madre. (pausa.)

DIE. No quiero que des un paso,
Carlos, en ese camino.
Dejame á mi tu destino
que sé lo que te hace al caso.

CAR. Que usted, padre, sin razon,
haya encontrado en un dia
en la muger la falsa,
en el hombre la traicion,
no aumentará mis dolores
creyendo, por pareceres,
falsas todas las mugeres,
todos los hombres traidores.

DIE. Sonlo, Carlos.

CAR. No es verdad.

DIE. En la esperiencia me fundo.

CAR. Aun existen en el mundo
el amor y la amistad.
No será justo negarlos,
pues eso padre, depende,
no en la negacion que ofende,
en la suerte de encontrarlos.

DIE. Tal vez pueda ser asi,
pero se esconden de modo,
que es preciso negar todo.

¿Quien pudo encontrarlos, di?

CAR. Yo, señor.

DIE. ¿Tu? Te equivocas.

CAR. Amor, amistad, creencias.

DIE. Esas son las apariencias.

CAR. La verdad.

DIE. Mentiras locas

CAR. No, ese joven que usted vió
es un amigo leal.

DIE. No hay ninguno.

CAR. Le hay.

DIE. No tal.

CAR. ¿Conque no hay ninguno?

DIE. No.

CAR. ¡Y si os dijese que adoro
á una muger!

DIE. ¡Desdichado!

CAR. De amor, de virtud dechado.

DIE. Calla, Carlos... Por ti lloro.

¡Yo llorar! ¡Basta! Yo soy,

Carlos, aun quien manda en ti.

No salgas nunca de aqui;

á dar mis órdenes voy.

CAR. Entonces ya no me es dable...

DIE. Cruzar, Carlos, esa puerta.

CAR. Cortará una muerte cierta
esta vida miserable.

DIE. Morir tú, Carlos?

CAR. Morir...

DIE. Loco estoy! Desesperado.

CAR. Si; que vivir encerrado
de este modo, no es vivir.

En la tierra, en alta mar

entre hombres malos y buenos,

es un consuelo á lo menos

ver el cielo y respirar.

Y arrostro vuestro furor

aunque el mundo me lo impida.

La libertad es la vida;

quiero ser libre, señor.

DIE. Bien; lo serás á mi lado,

lejos, muy lejos de aqui.

Mientras, Carlos, ¡ay de tí!

si olvidas lo que he mandado.

(vase por el fondo.)

ESCENA V.

CARLOS.

Señor, qué es lo que me pasa!
A comprenderlo no acierto.

Es posible que mi padre
no adivine mi tormento!

Es posible que me prive!
Huir de lo que mas quiero!

en el mundo! De mi Clara!
Imposible! Yo no puedo.

Anoche, cuando la carta
escribi, creí ser dueño

de ausentarme de ella! Loco!
Qué habrá dicho? Oh! si; de cierto

la habrá dado un rato horrible.

Resarcirla de él prometo.

Esta noche, si la suerte
llevase á su padre lejos

de su lado, la hablaria,
y mi padecer acerbo

en un punto se trocará
en dicha eterna á su acento...

Quiere mi padre apartarme
de la dicha que poseo!

No; primero que dejarla,
primero que ausente, muerto.

Odie en buen hora él el mundo,
en donde un hombre perverso

en la muger mas querida
del crimen estampó el sello.

No yo, que apenas la vida
empecé con paso incierto,

encontré un amor sin limites;

un amor que no merezco. (vase por el fondo.)

ESCENA VI.

SINFORIANA, MATILDE que entran por el fondo.

- SIN. Señorita! (asustada.)
 MAT. Bien, ¿qué quieres?
 SIN. Estoy temblando de miedo!
 Que la cosa...
 MAT. Sinforiana!
 SIN. Vea usted que atrevimiento!
 Ir á la casa de un hombre!
 Y yo! Válgame los cielos!
 MAT. Pero, ¿qué quieres que hiciera?
 SIN. Volver á casa al momento.
 No ha visto usted con qué cara
 nos miraba el majadero
 del criado! Que obstinado
 en que... Gracias al dinero,
 que sino... Vámonos pronto,
 señorita.
 MAT. No por ciertos.
 Ya que hemos entrado, á Carlos
 sin restriccion hablar quiero.
 Pobrecillo!
 SIN. Pero explique
 usted que diablo de enredo.
 MAT. Es cosa de dos palabras.
 Yo ya he observado hace tiempo
 que Carlos se sonreía
 cuando me miraba; luego,
 sus deferencias conmigo,
 su lenguaje amable y tierno,
 todo en fin me daba pruebas
 clarísimas de su afecto.
 SIN. Pero, señora, ¿á qué vienen?
 MAT. Calla. Anoche estubo serio
 sin hablar una palabra.
 Vamos! Si me daba miedo!
 Llegó la hora de marcharse
 y ni...
 SIN. Válgame san Telmo!
 MAT. Y ni me miró siquiera.
 SIN. Y qué tenemos comeso?
 MAT. Se marchó. Yo no se como
 fui á abrir mi costurero;
 y me encuentro con la carta
 que he dicho. Leela.
 SIN. Pero,
 no era mejor que esperásemos
 á que al cabo...
 MAT. Ni por pienso.
 Verás la carta.
 SIN. Viene alguien?
 MAT. El criado ha entrado á dentro
 á avisar, y ha de decirle
 que le espera un caballero;
 de este modo no sospecha
 que soy yo...
 SIN. Que trapicheos!
 Jesus, Jesus, qué muchachas!
 MAT. Pues como te iba diciendo.
 Al ver la carta, creí
 que era de Gustavo. El necio
 de mi primo, que casarse
 debe conmigo.
 SIN. Qué enredo!
 MAT. Rompi el sobre, y...
 SIN. Dios nos valga!
 MAT. Verás que estilo tan serio. (saca una carta.)
 Me dió una lástima! Escucha. (lee.)

«Amarnos es un tormento.
 Nuestro amor es imposible,
 y ya que verte no puedo
 sin testigos; ya que el bado
 me persigue, en un eterno
 pesar trocando la dicha
 que hallar en ti creí necio;
 ya que no puedo en tus brazos
 jurarte un amor sincero,
 parto do nunca me veas,
 donde mi dolor acerbo
 pueda acallar, y tal vez
 la ausencia vuelva á tu pecho
 la calma que te ha robado
 de quien te oprime el consejo.
 La desgracia nos separa,
 pero tenga yo el consuelo
 de que sepas que por ti
 late en mi amoroso seno
 el corazón que te adora,
 que por tu amor va muriendo.
 A Dios! Quiere mucho, mucho
 á tu Carlos de Acebedo.»
 Ya ves tú, que no se puede (declamando.)
 decir mas. Lo que no entiendo
 es lo que dice; mi tio
 es conmigo siempre bueno,
 y si bien tiene tratada
 mi boda con el muñeco
 de mi primo, es porque él juzga
 que ese es nuestro gusto; luego,
 ya ves, Sinforiana mia,
 que tal vez no fuera tiempo
 si no hubiésemos venido
 á estorbar su marcha; quiero
 decirle que no se vaya,
 y que yo tambien le quiero.
 Que hable á mi tio.

- SIN. Dios Santo!
 Si el señor lo sabe!..
 MAT. Buenó!
 Ahora que yo necesito
 de tu ayuda, ¿tienes miedo?
 SIN. Pero, ¿y á mí, quién me ayuda?
 MAT. El habrá tenido celos
 de Gustavo.. ¡y!.. Pobrecillo!
 SIN. Jesus! Jesus! Ay! Qué es eso?
 MAT. Siento ruido. Será Carlos.
 Gus. Me dá la gana! Jumento! (dentro.)
 SIN. Cielos! La voz de Gustavo! (asustada.)
 A dónde?..
 MAT. Este cuarto
 (señalando á la puerta de la izquierda del actor.)
 SIN. Adentro.
 MAT. Ya veremos la ocasion
 de salir.
 SIN. Ay! Santo cielo! (entran en el cuarto.)

ESCENA VII.

GUSTAVO, por el fondo.

El demonio del borrico!
 Con qué rabia, con qué imperio
 me dice; entrá con se puede.
 Yo tengo orden. Está bueno!
 Ni que fuera la antesala
 porteria de convento!
 Vaya! Vaya! Si me atufó!
 Pobre Carlos!

MAT. (Eh? Qué es eso?)
Gus. Serán cosas de su padre.
 Es capaz... Adiós, Eugenio.

ESCENA VIII.

Dichos, Eugenio por el fondo.

SIN. Dios mio! Ya no salimos
 en dos horas.

MAT. Calla!
SIN. Bueno!
Gus. Conque tú tambien vendras
 á la reunion? (á Eugenio.)

Eug. Lo espero.
Gus. Bueno; te presentaré
 á mi adorado tormento.
 Es la chica mas bonita
 que hay bajo del firmamento.

Eug. Y te quiere mucho?
Gus. Ella
 no me ha dicho... Pero de eso
 no hay duda ninguna, me ama.
 Es claro. No ves mi cuerpo?
 Tengo aire de seductor,
 de atrevido y de...

Eug. (Camueso.)
Gus. Carlitos, te habrá contado
 sus amores.

Eug. Ni por pienso.
Gus. Pues es lástima, verás.
 No es feilla.

SIN. (Habrá zopenco.)
MAT. Calla.

SIN. Callo!
Eug. Unicamente
 me ha dicho que su tormento
 consiste en su padre.

Gus. Justo.
 Yo rara vez veo al viejo;
 pero tiene un geniecito
 que... tiene orden el portero
 de no dejar que ninguno
 entre aqui. Y á mi! Mastuerzo.
 Por poco le doy un punto
 que le envio al cementerio.
 Mas volviendo á la que adoro,
 porque me gusta hablar de eso,
 te diré que es una moza...
 baril. Eh? Qué tal! Soy lerdo?
 Ji! ji! ji! Mira... Matilde,
 que es á la que yo no quiero...

Eug. La de Carlos?
Gus. Justamente.

Fue mi trapillo algun tiempo;
 tanto, que su tio mismo
 ya concertó el himeneo
 de entrambos; pero yo, pillo
 de primera clase, quiero
 mugeres mas concienzudas.
 Matilde tiene buen cuerpo;
 viste bien; no es una arpia;
 pero la falta talento.

MAT. Mil gracias.

Gus. No así mi prima

Clarita, que es un portento.

Eug. Ya! pero tú eres pariente.

Gus. Especie de primo, creo.

La madre del padre de ella
 era tia de mi abuelo.

Por consiguiente, era hermana
 del cuñado de su suegro.

Eug. Eso no lo alcanza un galgo.
Gus. Es verdad; á pesar de eso
 yo tengo desde chiquito
 la costumbre... Las tuteo
 y las llamo primas ya...

SIN. Estamos perdiendo un tiempo
 precioso En lugar de ir á
 la iglesia...

MAT. No tengas miedo,
 que aqui estoy yo.

SIN. Buena ayuda!
Eug. El Heraldo... Este... Uf! El pueblo!
 (mirando unos periódicos que hay en la mesa.)

ESCENA IX.

Dichos, un CRIADO, por el fondo.

CRIA. Ya he avisado á don Carlos.
 Dice que se está vistiendo,
 y que si ustedes le esperan
 debe venir al momento.
 Mas que si gustan pasar
 á su cuarto...

Gus. Yo le espero.
Eug. Yo voy.

Gus. Te vas? Volved pronto.
 Voy á leer.

Eug. Al momento.
 (vase con el criado por el fondo.)

ESCENA X.

GUSTAVO, MATILDE, SINFORIANA.

SIN. Es decir que no podemos
 salir de aqui?

MAT. Es imposible
 ver á Carlos.

SIN. Yo lo creo.
 Si usted me hubiera hecho caso...

MAT. No me queda mas remedio
 que ir á escribir una carta
 que tú traerás.

SIN. Yo!
MAT. Lo quiero.

SIN. Pues aunque lo quiera usted,
 no se hará... Pues! Lo primero
 que debemos hacer, es
 ver si escaparnos podemos.

MAT. Y cómo, si está Gustavo!

SIN. Es verdad.

MAT. Discurro un medio.
 Salgámonos en puntillas;
 él de espaldas está vuelto
 hácia nosotras.

SIN. Es cierto.
 Llegamos hasta la puerta,
 y pues pies para qué os quiero!

MAT. Salgamos, pero con tino.

Gus. Pues señor! Bah! No lo entiendo
 otro... Es cosa un poco rara...
 Me pasa siempre que leo...

MAT. Valor! Marcharnos sin ver
 á Carlos!

SIN. Piensa usted en eso
 ahora? Ya estamos fuera
 casi. Ay!

(van saliendo de puntillas y al llegar al fondo, apa-



rece don Diego; Ellas dan un grito y huyen: Gustavo se vuelve, mira y las conoce. Don Diego baja con rabia.)

DIE. Que miro!
GUS. Cielos!
Es Matilde! Matildita!
Ji! ji! ji!

ESCENA XI.

GUSTAVO, DON DIEGO.

DIE. Joven!
GUS. (El viejo)
Y lo ha visto! Vaya un lance dramático!

DIE. Según creo
usted ha visto! Dios mío!
Mujeres aquí!

GUS. Que esceso
de amor! Atreverse a tanto!

DIE. Usted las conoce?

GUS. Cierito.
La sobrina del marqués
de Montescclaros y Perno.

DIE. Pero, ¿de dónde han salido?
Cómo han entrado aquí?

GUS. Eso
digo yo... Estaba sentado
cuando oigo un grito; corriendo
vuelvo la cabeza, y miro...
Pues señor. Estamos frescos!
Ya nos buscan las mugeres!
Qué rico!

DIE. En este aposento
no estaban; ¿usted no sabe
si mi hijo...

GUS. Antes, yo, necio
dudaba si era verdad
su cariño.

DIE. Se aman! Cielos!
Entonces esa sería.
Va á su casa?

GUS. Yo lo creo.

DIE. Y usted puede presentarme?

GUS. Inconveniente no tengo.
Ahora mismo voy á ir.
Si usted quiere?

DIE. Que si quiero?

Si señor, yo lo veré.
Una muger que infringiendo
las leyes de la decencia
viene á mi casa!

GUS. Estupendo!
Está que el diablo le lleva!
Jesus! de risa me muero!

ESCENA XII.

Dichos, EUGENIO, CARLOS por el fondo.

EUG. Caballero!.. (saluda á don Diego.)

DIE. (con frialdad.) Servidor.

GUS. (á Carlos.) Ven aquí!

CAR. Mi padre!.. Tiemblo!

DIE. Usted no debe salir
de esta casa; yo lo quiero.

CAR. Padre! Delante de gentes!

GUS. Si, chico. (á Eugenio.)

EUG. Que estoy oyendo!

GUS. La misma que viste y calza,

Yo me quedé patitieso
cuando la vi.

EUG. Mucho debe
quererle!

GUS. Si es un portento!
La tenia aquí encerrada
el pazuato, y ella; cuerno!

Pues si me caso, me avio!

La chica es corta de genio,
y se zampa á tales horas

con la dueña, como Pedro
por su casa.

CAR. Padre mío
Tened piedad.

DIE. Yo lo ordeno.
Ya que tú velar no quieres
por ti, yo velar prometo.

Veré quién es la que adoras.

CAR. Yo iré con usted, y luego.
DIE. Tengo quien vaya conmigo.

Cuando gustéis, caballero,

GUS. Chico, te deja encerrado. (á Eugenio.)

EUG. Es posible!

GUS. Prisionero.

CAR. Esto es ponerme en ridiculo.

DIE. Esto es hacer lo que debo.

GUS. (Bribon!)

DIE. Señores... lo dicho.

CAR. Qué es lo que me pasa, cielos!

EUG. Me explicarás!

GUS. Ven conmigo.

EUG. Pero Carlos...

GUS. Vendrá luego.

(vanse los tres por el fondo.)

ESCENA XIII.

CARLOS.

Imposible. Necesito
verla... al instante! Al momento!

Mi padre me habló de un modo
incisivo, que no entiendo.

Es necesario que sepa
qué significa todo esto.

Dice mi padre que quiere
conocerla; bien, marchemos.

Quizá esta desobediencia
su enojo escite soberbio.

Qué me importa! Corro al punto
á ver... Mi Clara es primero.

(hace un esfuerzo y sale por el fondo.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO

Salon elegante en casa de don Pedro. Puerta al foro
y laterales.

ESCENA PRIMERA.

SINFORIANA, MATILDE.

SIN. Digo que basta con una;
bien escarmentada quedo

con el susto de esta tarde,

para ir á mezclarme en nuevos
trapiheos.

MAT. Sinforiana!

SIN. Cuente usted con mi silencio,

pero nada mas. Lo he dicho.
Pues si lo sabe don Pedro!

MAT. Que ha de saber!

SIN. Ahí es nada!

El, tan rígido y severo!
Capaz es de despedirme
si llega á...

MAT. Temores necios.
Por dónde ha de averiguar?..

SIN. Si que hemos estado lejos
de que su primo nos viera!
Entonces si que la hacemos!
Y que el chico no es amigo
de hablar lo suyo y lo ageno!
Nada, nada.

MAT. Por la virgen!
Sinforianita, te ruego...
ya ves qué desesperado
está el pobre Carlos.

SIN. Bueno.

Pero yo...

MAT. Mira; le llevas
esta carta, en que le vuelvo
la ventura, asegurándole
que indiferente mi pecho
no es á su amor; él suspende
su partida, y en un vuelo
se planta en casa. A mi tío
suplica rendido y tierno
que le conceda mi mano;
me preguntan si yo accedo;
respondo que soy gustosa;
nos casamos, y Laus Deo.
Ya ves tú en que poca cosa
estriba nuestro contento.

SIN. No, no; como á usted la dejen...

Pero, ¿y si dice don Pedro
que nones, ó se incomoda
y se descubre el enredo,
y la hace á usted que se case
con su primo, y despues de eso
me planta en la calle á mi
por tapar sus devaneos?
Qué dirá usted?

MAT. No es posible!

SIN. Si, que él gasta cumplimientos!

MAT. Pero muger, es preciso
que seas de estuco ó cedro
para no ablandarte al ver
su carta. Qué sentimiento!
Que espresion! Precisamente
en el bolsillo la tengo;
veras...

SIN. Qué! Si la ha leído
usted diez veces lo menos!
Pero venga usted acá.
Desde cuándo en ese fuego
arde usted?

MAT. Yo te diré!

Carlos me gusta hace tiempo;
desde que le vi. Mas como
Gustavo iba á ser mi dueño,
y yo siempre le he querido
á pesar de sus defectos,
no quiso mi corazón
dar á otro amor alimento,
y mas cuando yo creia
que no era del suyo objeto.
Pero ayer al leer su carta;

al ver que sola poseo
su corazón, y que el pobre
despechado y sin consuelo
se ausenta, porque su amor
juzga imposible... Yo apuesto
á que si en el mismo caso
te hallaras...

SIN. Si, si, pero eso
no es del caso. Lo que importa
es que permitir no debo...

MAT. Aya mia!..

SIN. Nada, nada.

MAT. Pero di, muger, ¿habremos
de consentir que se vaya
sin enviarle un consuelo,
una palabra?.. Va ves,
en nada á Gustavo ofendo
con amar á otro, que él mismo
es quien quebranta primero
(queriendo á mi prima Clara)
el compromiso que ha tiempo
nos une; en esto ya sabes
por su boca que no miento.

SIN. Si, ya lo oí.

MAT. Pues entonces,
si ves que razones tengo
para obrar de esta manera,
por qué con pueril empeño
me niegas tu protección?

SIN. Porque al marqués tengo miedo.
Y en fin, porque esas son cosas
que no autoriza mi empleo
de aya y de gobernadora
de acciones y pensamientos.
Quédese para otras gentes
esos oficios plebeyos,
que en mi posición bastante
hago con callar lo hecho.
Dixi. Está usted, señorita?
Y en adelante, no quiero
que se repitan escenas
que turbando mi sosiego,
rebajan mi dignidad
ultrajando mi respeto.
Conque vea usted el modo
de evitar.

ESCENA II.

Dichas, GUSTAVO por el fondo.

GUS. Quanto me alegro
de encontrarte, bella prima.

MAT. (Pobre de mí!)

GUS. Pero observo
que algunas perlas empañan
el brillo de tus luceros.
Tu lloras, esto es notorio;
negarlo no fuera cuerdo,
y mas á quien enterado
está de todo el suceso.

MAT. Cómo! Qué dices?

GUS. Es claro.

Lo sé todo; con sus pelos
y señales. Eh! Qué tal?
Piensas que me mamo el dedo?
Pues hija, estás divertida!
Toditas las cojo al vuelo,
porque soy lo mas tunante!

MAT. Pero qué dices? No acierto...



SIN. (Ay Dios! Si sabrá?)

GUS. No aciertas?

Ji! ji! No acierta! Que bueno!

A fé que bien acertaste
esta tarde...

SIN. (Estamos frescos!)

MAT. Esta tarde?

GUS. Si; á la casa
de mi amigo...

MAT. (Oh Dios!)

GUS. Qué es eso?

Te turbas? Pues haces mal.
Si sabes que soy un trueno!
Todo un calavera en regla.
Crees que yo no comprendo
lo que es amor, y me asusto
de una cita mas ó menos?
Todo al contrario, pero hija,
el que al nieto de mi abuelo
se la pegue, necesita
ser un nene de los buenos.
Ya, ya! Tengo yo mas concha
que un galápago!

SIN. (Lo creo.)

GUS. Pero nada; has hecho bien.

Te gusta Carlos, ¿no es esto?

Pues á mi me gusta Clara:
nuestros papás convinieron
que tu destino enlazaras
al mio; pero desecho
está el trato; tú no quieres,
y por mi tampoco quiero;
conque nada hemos perdido.

Ya sabes, cada mochuelo...

MAT. (Dios mio! Todo lo sabe!)

SIN. (Y ahora qué dira usted? Tiemblo!

Si al fin el marqués se entera...)

GUS. A que es andar con rodeo!..

Puede que aun quieras negar...

Ji! ji! Sin reirme no puedo

recordar... Golpe dramático!

Accidente joco-serio!

Pillaros en el garlito!

Y quién? El papá bucéfalo!

Ese papá, que prefiere

ver en su casa un ejército

de panteras y leones,

á una enagua ó zagalejo!

Apuesto á que se ha creído (á Sinforiana.)

que usted tambien con intentos

malignos se dirigia ...

tan raro es como todo eso.

MAT. Gustavo, yo te suplico

ya que negarlo no puedo,

que si aprecias mi reposo

le labres con tu silencio.

En vano fuera mentir

cuando todo descubierto

está para ti.

GUS. Si es mucho!

Es mucho lo que penetro!

MAT. Y bien! Dime, ¿qué es de Carlos?

GUS. Carlitos? Ya, ya está fresco!

MAT. Cómo! Está malo? Responde?

GUS. Mucho peor. Está preso.

MAT. Preso?

GUS. Si. El papá hipopótamo,

al venirse con Eugenio

y conmigo, le mandó

que así que tomara el huevo

se metiese en la camita

para ir mañana al colegio.

No he visto padre mas tonto!

A éi bien le gusta el bureo;

que se empeñó que en tu casa

le presentara, y lo he hecho.

Asi como asi, traia

tambien á Eugenio. Mas, miedo

no tengas, que todo al fin

se arreglará. El está muerto

por ti, yo te lo aseguro.

Conque vámonos adentro,

(que quiero ver si mi Clara...

ya me estará echando menos;

no puede vivir sin mi,

como todas, eso es cierto.

Pobrecillas! Pobrecillas!)

Espero que bailaremos

un rigodon. Conque, vamos?

MAT. Si; vamos.

GUS. Valgo un imperio.

(vanse puerta segunda derecha.)

ESCENA III.

CLARA, despues DON PEDRO.

CLA. Tan tarde, y no parecer!

Qué le habrá ocurrido? Oh cielos!

A cada instante que pasa

crece mi desasosiego.

Y Eugenio!.. Qué mala estrella

le trae en fatal momento

á mi casa? Qué pretende?

No se por qué, pero tiemblo,

y el corazon sobrecoje

un triste presentimiento.

Pretenderá con sus quejas

martirizarme de nuevo?

Dios mio! Y Carlos en tanto

dónde está, que en mi refuerzo

no corre? Qué he de hacer sola,

sin auxilio ni consuelo?

Dios mio! No me abandones!

Si, si; el único remedio

que encuentro para mi mal

es decir la verdad. Pero

mi padre!.. Mi pobre padre!..

Oh! que horroroso tormento

le preparo! El que no vive

sino para mi! Que tierno

en procurar mi ventura

se afana, siempre temiendo

que otro hombre venga á robarle

mi cariño, que es su cielo!

El, que cruelmente sufre

al pensar que entregar puedo

mi corazon al amor,

cual padecerá si llego

á contarle la verdad!

Dios mio!

PED. Tu aqui, mi cielo?

Qué haces tan sola, hija mia?

CLA. Nada, papá.

PED. (sobresaltado.) Eh! qué es eso?

Qué tienes? Tiembra tu voz!

Estás pálida!

CLA. No.

PED. Creo

que me engañas; no me ocultes nada. Vamos; sin recelo, cuéntame qué te ha pasado.

CLA. Nada, papá; mas deseo que me oiga usted.

PED. Como!

CLA. Tenemos que hablar... Si.

PED. Tenemos!

Bien; lo que gustes, mi vida. Sabes que solo deseo complacerte, y... Conque, vamos, de qué se trata? Algun nuevo caprichito? Algun adorno?

CLA. No, papá, no es nada de eso.

PED. No? Pues bien, explicame...

CLA. Es un asunto muy serio.

PED. Asunto serio? (Dios mio! Qué será?)

CLA. (Tal vez mis ruegos le ablanden, y... ten valor, corazon mio.)

PED. (Yo tiemblo.)

CLA. Papá, aunque rubor me cueste, en el conflicto me veo de hacerle una confesion que á usted tambien sentimiento causará, pero que ya indispensable se ha hecho.

PED. Bien; explícate.

CLA. No ignoro

que sin duda por efecto del amor que me profesa, su mas ardiente deseo es no separarse nunca de mi lado, y sabe el cielo que en ello fundo tambien mi ventura y mi contento. Para evitar que llegára un dia, en que sus proyectos de felicidad eterna desbaratase algun necio capricho de niña, usted con cuidado asiduo y tierno, del mundo las falsedades me mostró; y siempre benévolo veló, y aun vela por mi. Si en el teatro, en paseo ó en la calle, observa usted que me miran, frunce el ceño, y al ver sus torbas miradas, su semblante áspero y fiero, si es que hay alguno, desiste pronto de su amante empeño. De los jóvenes que á casa concurren, siempre en acecho está usted; si por acaso de tal moda ó tal concierto hablo media hora seguida con cualquiera, ya recelo infunde á usted, y procura impedir que hable de nuevo con él; si dos ó tres veces bailo con otro, ya inquieto me dirige usted miradas que tan sola yo comprendo, y que enfado no me causan pues con gusto le obedezco. Pero es preciso, papá,

que todo esto tenga un término.

PED. (Oh! Ya empiezo á comprender...)

CLA. No piense usted que me quejo de su cariño; al contrario. Pero papá, llega un tiempo en que el cariño filial, si á otro amor no cede el puesto, al menos con él le parte y juntos viven creciendo. Nada hay que haga incompatible esta union de sentimientos; antes su apoyo se prestan dando á su belleza aumento, pues redoblan sus encantos sus aromas confundiendo. Asi...

PED. Clara, no pronuncies otra palabra, que el pecho me desgarras, cuando escucho tu claro discernimiento... Ah! Qué importa que tu padre del mundo y sus pompas lejos, solo por ti haya vivido; solo en su hija haya puesto sus goces, sus esperanzas, sus dolores, sus deseos? Nada, ya lo sé; es el orden natural de los sucesos... Vive un padre por su hija, y dichoso, con anhelos mirala crecer brillante, y encantado oye su acento, para ella son sus acciones, para ella sus pensamientos, para ella el trabajo asiduo; para él el pensar eterno. Para que sea dichosa mil sacrificios sin término; para fijar su ventura mil pesares, mil tormentos; y entonces un hombre pasa; la espía, la mira tierno, la dice cuatro palabras, hace galantes extremos, y por un joven sin alma olvida y desprecia al viejo. No, Clara. Nunca de un hombre que por tu amor no haya hecho lo que un padre por su hija; lo que yo por mi lucero. Sé que el mundo no comprende mi egoismo ni mis celos; solo el que tiene una hija puede, Clara, comprenderlo. Qué será de mi, mi Clara, cuando no mire tu cuerpo deslizarse por mis brazos solicitándome un beso? Qué, cuando mis ojos torne en mi casa, en mi aposento, y sin la luz de los tuyos siempre le mire desierto? Mira, Clara, ningun hombre te querrá como te quiero, con este amor siempre santo, pura emanacion del cielo. Todo hombre te engañaria, y sus amores fingiendo, por otra quizá olvidará

sus antiguos pasatiempos.
 Pero yo, que solo adoro
 en ti, que eres mi consuelo,
 que vivo porque tu vives,
 que porque alientas, aliento,
 que sin ti las cortas horas
 siglos serán de tormento;
 nunca consentir pudiera...
 primero que de otro, muerto.
 Sé que me faltan razones
 conque probar mi derecho,
 pero no podrá arrancarte
 nadie jamás de mi seno.
 Qué tienes? Te pones mala?
 Ay! Me mata tu silencio!

CLA. Nada puedo ya decir;
 conozco que no hay remedio,
 y es inútil hablar más.
 Fuera imposible! Ay! Yo muero!

PED. Clara, Clara! No me digas
 una palabra; comprendo
 lo que en tu alma está pasando.
 Tienes razón; no hay remedio.
 La sabia naturaleza
 me roba cuanto poseo.
 Marcha, marcha, ingrata hija,
 á buscar un amor nuevo;
 y dejame triste y solo
 con mi padecer acerbo.

CLA. No, padre; de usted esclaba
 seré siempre, y ni un acento
 de reconvenccion, mis labios
 verterán; se lo prometo.
 Poco que vivir me queda,
 mas seré suya ese tiempo.

PED. Qué dices, Clara, qué dices,
 que me asusta y no comprendo!
 Hablas de morir! No, nunca.
 Clara, muera yo primero.
 Tienes razón, hija mía;
 sí, ridiculo es mi empeño,
 y todo arreglarse puede
 como gustes. (Yo fallezco!)
 Ahora bien; amas á un hombre...
 No me digas que es tu cielo,
 que es tu dicha, tu ventura,
 que te corresponde tierno;
 todo eso es cosa sabida.
 Hoy solo su nombre quiero
 saber, por si te merece;
 sino amparenos el cielo.
 Quién es?

CLA. Carlos.

PED. Carlos! Ah!

Bueno será, pero creo
 que no es un caracter franco
 ni su proceder abierto.
 Nunca le oí una palabra
 de valer, y mucho siento
 decirte, que yo no juzgo
 todo su cariño cierto.

CLA. Si, papá; pero conoce
 de usted el adusto genio
 con todos los que me miran,
 y prudente, cuanto tierno,
 nunca jamás ha querido
 que se conozca su empeño.
 Con usted disimulado,
 con todos adusto y serio,

solo conmigo es el hombre
 que me comprende el primero:
 honrado...

PED. Basta, hija mía;
 ya sé lo que hacer me tengo.
 Alienta. A Dios; yo veré
 si te merece, y espero
 no ser un padre ridiculo
 sino un padre amante y bueno.

CLA. Podré esperar, padre mio?

PED. A DIOS, á DIOS. (No hay remedio.)

ESCENA IV.

CLARA, á poco GUSTAVO.

CLA. No en vano en vos esperé,
 Dios mio! Gracias os doy:
 al fin podré desde hoy
 dueño hacerle de mi fé.

Mi pobre padre! Pesar
 me dá ver que mi ventura,
 á costa de su tortura
 se resigna á asegurar.
 Mas te amo tanto, bien mio,
 que mi pensamiento solo
 eres tú, y todo lo inmolo
 por vencer al hado impio.

GUS. Gracias á Dios mil y mil,
 Clarita, tengo que dar,
 pues me deja contemplar
 su creacion mas gentil.
 Aunque mil vueltas he dado
 para calmar tu agonía,
 no te he visto, prima mía.
 Ya estarias con cuidado,
 no es esto? Pero tu afán
 calma y tu loca impaciencia,
 que ya ves en tu presencia
 á tu mas firme galán.

CLA. Siempre el mismo. Siempre haciendo
 alarde de buen humor;
 siempre con bromas de amor,
 siempre gozando y riendo.
 Dichoso tú! Mas confieso
 que si que es broma no viera
 cuanto dices, no pudiera...

GUS. Ahora me sales con eso?
 Pues bonito genio gasto
 para bromas! Yo bromitas?
 No lo digas, que me irritas.
 Vamos, de oírlo me aplasto,
 y en fósforo me convierto.
 Soy un mozo muy formal,
 lo entiendes?

CLA. Pero qué? Hay tal!

GUS. Justamente.

CLA. Mas no acierto...

GUS. Pues que acertar tiene poco.

CLA. Pero de veras hablabas

al decirme que me amabas?

Vamos, tú te has vuelto loco.

GUS. Loco! Loco segun trazas
 has de volverme, cruel!
 Ingrata, perjura, infiel!
 Ahora me das calabazas?
 Son las primeras que cuento,
 que las tuve por quimeras;
 mas para ser las primeras
 amargan que es un portento.

CLA. Ja, ja! Perdona si á risa
me mueve ver tu locura,
qué repentina ternura!

GUS. Es que yo amo muy aprisa ..
y causar tu admiracion
no debe mi poca calma,
que tengo de paja el alma
y de yesca el corazon.

CLA. Vamos, oírte da grima,
asi tu amor sin reparo
me confiesas?

GUS. Está claro.

CLA. Pero entonces, y mi prima?
Matilde, que destinada
á ser tu esposa...

GUS. Qué esposa
ni que cuerno! Si esa es cosa
de todo punto acabada!

CLA. Qué dices?

GUS. Si hemos tronado
hace un rato. Libertad!
Busque su comodidad
cada quisque. Es escusado,
la dige, que en adelante
sigamos haciendo el bú;
ni te quiero, ni á mi tú;
conque á vivir. Con tu amante
vete, y por tu amor perdido
no creas que me alboroto.
Nada, hija! No falta un roto
nunca para un descosido.

CLA. Pero, Gustavo, en ti estás?
Y papá, ¿ha sabido?...

GUS. No...

CLA. Vamos, cuando digo yo
que sois locos á cual mas!
Eh! basta de tonterias.
Ella es una niña, y creo...
Mas al fin, segun deseo
os casareis.

GUS. No en mis dias.

CLA. Eh! Qué sabes! Eso pronto
se pasará.

GUS. Que si quieres!

CLA. Si digo...

GUS. No me exasperes.
Pues hombre! No soy tan tonto.
Ahora por hacer tu gusto
iré á cargar!.

CLA. Bien está.

GUS. Cómo que está bien? Pues ya!
Está muy mal!

CLA. Pero ..

GUS. Justo!
Muy mal; porque ya que tiene
á su Carlos que la adora,
dele su mano en buen hora
que es lo que á entrambos conviene.

CLA. Como! Carlos? Eh? Qué has dicho?

GUS. Mas sin ver que me rebajo,
querer que yo de espantajo
me ponga, es raro capricho.
Y creer que capaz soy...

CLA. Pero Carlos!...

GUS. De servir...

CLA. Oh! Dime...

GUS. De hazme reir...

CLA. Dios mio! Sin alma estoy.

GUS. Cosa es que me pulveriza.

CLA. Pero, ¿hablarás?

GUS. Y muy alto
Que de pensarlo me exalto
y me reduzco á ceniza.
Despreciame tú, cruel!

CLA. Pero habla ..

GUS. Y un vaso lleno
dame de mortal veneno,
de acibar, jalapa ó hiel!
Mátame con plomo ó hierro.

CLA. Pero, Carlos, que agonía!

GUS. Y si así es mas tu alegría,
dame morcilla de perro.
Mas no pienses que he de hacer
un papel tan desairado.

CLA. Pero habla, habla...

GUS. Si ya he hablado.

CLA. Quién es él?

GUS. Quien ha de ser?
Ya te he dicho; Carlos.

CLA. No:
tú me engañas; no es posible.

GUS. Ni mas ni menos.

CLA. Que horrible
duda!

GUS. Te lo digo yo
y basta; estoy enterado,
y muy bien, en este asunto;
tanto, que punto por punto
ella me lo ha confesado.

CLA. Ella?

GUS. Si; la sorprendi
esta tarde en la morada
de su amante.

CLA. Desdichad a!

GUS. Ella! Se ha atrevido!..

GUS. Si;
pues vine, y viéndose ya
confundida y descubierta,
me contó la historia cierta
de su amor de pé á pá.

CLA. Y dijo...

GUS. Que la queria;
pero que él desesperado
del enlace proyectado
conmigo, pensado habia
en espatriarse, y para eso
tenia arreglado un plan
de viage... y... no sé... asi están.

CLA. Dios mio!

GUS. Yo te confieso
que estaba en el enredijo;
porque yo cazo muy largo
y no es fácil... Sin embargo,
como de ello no me aflijo,
pues que tu amor hácia mi
conozco, les he dejado
sin darme ningun cuidado.
Yo solo te quiero á ti.

CLA. (Conque se marcha! ¡Me deja,
cuando en su amor me abrasaba!
¡Cuando lo sacrificaba
por él todo, asi se aleja!
¡Cuando loca he preferido
ver á mi padre muriendo,
al mismo cielo ofendiendo,
á perder mi bien querido!



¡Cuando en fin, hoy afanosa
después de tanto sufrir,
creí poderle decir,
mi padre me hace tu esposa,
así mi esperanza mata
tan cruelmente! Dios mío!)
GUS. ¡Conque ves que tu desvío
era muy injusto, ingrata!
Pero ahora que ya tus celos,
porque eran celos, es claro,
satisface, sin reparo
premia y calma mis desvelos.
Escuche yo de esa boca...
CLA. ¡Bien, bien! Pero... dejame.
Luego...
GUS. Está bien. Volveré.
(Lo dice: por mi está loca.)

ESCENA V.

CLARA y CARLOS, por el fondo.

CLA. Es este el premio que alcanza
mi amor? ¡Dios mío! ¡El cruel!
Pero, ¿es posible que en él
tal traición quepa? Esperanza,
no me abandones. Señor,
¿si Gustavo habrá mentido?
Si mi amor habrá sabido,
y celoso?. Ten valor,
alma mía. El tan amante,
tan noble y tan generoso,
de crimen tan aleroso
habrá sido...! ¡Horrible instante!
Mas, ¿qué dudo? ¿No asegura
Gustavo que esa traidora
le confesó que la adora?
¿Y qué prueba mas segura
puede haber de esta verdad,
que haberla visto en su casa?
¡Oh! Mi cabeza se abrasa!
¡Me abruma tal falsedad!
Tal vez Gustavo mentía
porque á su intento conviene;
mas si así es, ¿porqué no viene
para calmar mi agonía?
CAR. Allí está... Oh! Me alegro hallarla
á solas. ¡Que ingratitud!
(en la puerta del foro.)
¡Cuando en mortal inquietud
imaginaba encontrarla,
ni aun me espera á lo que creo!
¡Infel, mi carta ha leído,
y ni un consuelo ha querido
enviarme!
CLA. ¡Oh Dios! Qué veo!
Está aquí! viene!.. Mas no;
corazon, tente y espera;
disimulo, y lo que quiera
que oculte, lo sabré yo.
CAR. Clara!
CLA. (Veremos.) Tu aquí:
No es sueño? (friamente.)
CAR. No, Clara mía.
Que estrañas?
CLA. Nada; creia...
CAR. No volver á verme?
CLA. Si. (con sequedad.)
CAR. No te entiendo
CLA. Tiene poco (id.)

que acertar, me has preguntado
si no verte habia pensado,
y contesto...
CAR. (Yo estoy loco!)
Y por qué?
CLA. Porque si mal
no recuerdo, algun proyecto
de viage...
CAR. Si, con efecto. (picado.)
(¡Que sarcasmo! ¡Pero hay tal!)
Conque cuando yo debia
estar ofendido?)
CLA. Pues.
Conque hay motivo, ya ves.
CAR. Y tú sabias?
CLA. Sabia.
CAR. (Me gusta la desvergüenza!)
Conque sabias?
CLA. Todito.
CAR. Yo lo creo.
CLA. En el garlito
le he pillado. (¡Oh que vergüenza!
ya no hay duda, me engañaba!
Y esa hipócrita, de cierto.)
CAR. (Pero señor, yo no acierto
lo que es esto!) Clara, acaba
de explicarte.
CLA. Lo bastante
he dicho ya.
CAR. ¡Que capricho!
Si hasta ahora nada has dicho.
CLA. No diré mas.
CAR. Adelante;
mas yo diré francamente,
que me estraña, por mi vida,
que sabiendo mi partida
estés tan indiferente.
CLA. (Se ha visto mayor descaro?)
Pues dime... Pero mejor
es dejarlo... Si señor.
CAR. Ah! ¡Te callas! Está claro.
No puedes hallar razones
que tu conducta disculpen,
y así, porque no te culpen,
eludes explicaciones!
¡Es buen método!
CLA. (¡Traidor!
No sé como me contengo!
Pero callando me vengo
en este instante mejor.)
CAR. Ya se ve, como bien sabes
que eres la sola culpada,
permaneciendo callada
evitas...
CLA. Basta; no acabes.
Me retiro.
CLA. ¿Así te vas?
¿Y piensas que he de sufrir?..
CLA. Pues no? Si aquí ha de venir
quien te importa mucho mas!
CAR. Qué dices?
CLA. Mas no te asombres
de ello, que la culpa es mia
(Oh! Bien mi padre decia;
que falsos que son los hombres!)
CAR. Clara! Tu matarme quieres!
CLA. Goza, goza en tu traicion!
CAR. (Tiene mi padre razon;
¡que falsas son las mugeres!)

ESCENA VI.

CARLOS; despues EUGENIO; por el fondo.

- CAR. Pero señor, ¿podrá ser cuando la adoro, ¡ay de mí! que pague mi amor así? Mas que extraño, si es muger! Tras de tanto sacrificio, tras tanto amor, tanto bien, solo encuentre ahora desden? ¡Es para perder el juicio!
- EUG. Carlos, de verte me alegro, y mucho, por vida mía, estoy loco de alegría!
- CAR. Yo tengo el humor mas negro!..
- EUG. ¡Cuanto ansiaba tu presencia! He encontrado á la que adoro.
- CAR. Y yo de mi amante, lloro la cruel indiferencia.
- EUG. Pero oye, lo mas extraño es que está aquí mismo
- CAR. ¿Quién?
- EUG. Aquella, mi dulce bien!
- A quien no he visto hace un año.
- CAR. Ah! Si: pobre Eugenio! Aquella que del mundo te alejó, porque cruel desprecio tu amante y tierna querella?
- EUG. La misma, Carlos! Dios mio! ¡Qué dicha! ¡La he vuelto á ver! Y ahora juro de vencer su indiferencia y desvío. Porque tú me ayudarás? Lo espero.
- CAR. Cuenta conmigo.
- EUG. A fuer de leal amigo y como primo además.
- CAR. ¡Primo!.. Pues entonces, ¿quién?
- ¡Ah! Ya .. Será por ventura?
- EUG. La prima de tu futura. ¿Qué te parece?
- CAR. Muy bien.
- Pero sabes?
- EUG. Todo. Vaya! Gustavo me dijo que era... ¡Oh! Mas como ella me quiera yo sabré tenerle á raya. Pero y tú?
- CAR. Soy desgraciado.
- EUG. De veras? Pues no creia... Tengo pruebas, á fé mia, para creerte afortunado.
- CAR. Y cuáles? ¡Oh Dios!
- EUG. No pasa! ¡Vaya! Con esa salimos, cuando esta tarde la vimos escaparse de tu casa?
- CAR. De mi casa? Espílicate.
- EUG. Estábamos aguardando que te ataviases, cuando quiso huir... Y ya se vé! Luego tu padre que entraba al mismo tiempo... Pero ella lo mismo que una centella; tris!.. Se escurrió.
- CAR. Y bien, acaba.
- EUG. Ya acabé. No hay mas. Se fué.
- CAR. Y estás seguro?

EUG. Estoy fijo.

Si, Gustavo me lo dijo: y quién era.

DIE. Lo verá.

CAR. Cielos! Mi padre!

EUG. Don Diego!

Y yo que no me acordaba!

CAR. Esto solo me faltaba!.. (vase.)

EUG. Que viene.

ESCENA VII.

Dichos, DON DIEGO, GUSTAVO por el fondo.

DIE. No está! ¡Reniego!

Yo le encontraré, y castigo daré á su desobediencia.

A su perdicion camina, y pues no hay quien le detenga,

pues ni atiende mis consejos ni mis órdenes respeta,

yo mismo le salvaré sinó de grado, á la fuerza!

Vengase usted, don Gustavo. Vamos al salon.

GUS. Que tema!

Quiere usted dejarme en paz?

Se me entumecen las piernas de tanto correr. ¡Jesus!

¡Si es una devanadera!

DIE. Vamos, digo.

GUS. Voy al punto.

Si al fin me llevará á cuestras! (vanse.)

EUG. Pobre Carlos! Advertirle no pude... Pero, ¿qué intenta don Diego? ¿De dónde nace ese horror que manifiesta al mundo, y á cuanto puede dar á Carlos de él idea?

No hay duda; en su pecho esconde un secreto que le fuerza á obrar con él de ese modo,

Quiera Dios que engaño sea! Que digno es de compasion quien sumido en una eterna tortura, el dolor aboga y el ardiente llanto seca,

por no descubrir la llaga que su corazon lacera.

CLA. Eugenio aquí!

EUG. Cielos! Clara!

Gracias mil doy á la estrella que su planta de usted guia,

pues me concede benéfica la ocasion...

CLA. (con frialdad.) Dispense usted; pero allá dentro me esperan, y corro...

EUG. (deteniéndola.) Por favor, Clara: quédese usted. Se lo ruega quien ha un año que no vive,

porque no es vida la ausencia. Quien por trocar sus enojos, no en amor, que ambicion fuera,

solo en compasion, daría gustoso la vida entera.

CLA. (Dios mio! Y Carlos en tanto dónde está?)

EUG. Quién en las tierras remotas, donde arrastró

su desgraciada existencia,
no ha tenido otra esperanza,
no ha alimentado otra idea
que la de poder un día,
mas feliz, volver á verla.

CLA. Eugenio, yo le agradezco
cual siempre la preferencia
que me concede en su alma,
pero por mas que lo sienta,
debo decir...

EUG. (*tristemente*) Lo que ha un año,
no es verdad! Me aboga la pena!
Qué he hecho á usted, para que siempre
tan cruel conmigo sea?

CLA. Crea usted que sentimiento
me causa ver su tristeza.
Sé que me ama usted, Eugenio,
como á un angel en la tierra;
todo cuanto de su amor
me ha dicho, lo comprendiera
sin oirlo, porque sé

á donde una pasion llega.
Pero el cielo no ha querido
que corresponder pudiera
al amor que le inspiré,
y sabe Dios que me pesa.

El entre nosotros puso
un abismo, balla inmensa
que no es posible salvar!
Balla que usted no respeta,
pues sin miramiento alguno
la quebranta y atropella!
Balla en fin, de quien ahora
soy yo la única defensa,
y que sabré hacer tan fuerte
que á traspasarla no vuelva.

EUG. Y es el odio, no es verdad?

CLA. No, Eugenio. La amistad. Esa
es la balla; es el deber
que de mi lado le aleja.

Ignora usted por ventura?..

EUG. No, todo lo sé. Es mi estrella
tan fatal, que ni el consuelo
de ignorarlo, ay Dios! me deja.
Tiene usted razon, existe
un deber sobre la tierra
que me priva de mi amor,
de mi ser, de mi existencia.
Un deber para quien nada
hay que resistirle pueda.

Yo adoro á usted, la idolatro;
pero usted, que amor profesa
á quien se nombra mi amigo,
me aborrece y me desdenea.

Qué importa que de su amor
indigno mi amigo sea?

Es mi amigo. Qué, que vaya
cacareando por do quiera
sus citas y sus favores,
sus palabras y sus quejas?
Es mi amigo y yo no debo
sino escuchar con paciencia.

Qué importa que mientras él
con su pasion de usted juega,
llore yo mis desventuras
sumido en onda tristeza?

Nada; es mi amigo. Tal vez
de una amistad verdadera
no me unen á él los lazos;

mas, qué importa que así sea?
Eso al mundo no le consta,
ni á usted tampoco; no observa
sino que juntos salimos;
que el de mis brazos se cueлга;
que al verme alarga la mano,
que me abraza y me tutea.

Es bastante. Y si me atrevo
á acercarme á usted, á hacerla
la confesion de mi amor,
usted mi audacia reprueba
y grita uste horrorizada:
su amigo! Oh Dios! Quien creyera
tal traicion! Y no comprende
que es el amor quien me lleva
á sus plantas, y el deseo
de hacer feliz su existencia.

CLA. Basta, basta. Y usted cree,
ya que otro medio no encuentra,
que ultrajando así al que adoro
alcanzará mi clemencia?
Selle usted el labio, Eugenio;
nunca tal de usted creyera.
Todo es inutil. De hoy mas
suplico á usted que no vuelva
á importunar con sus súplicas
á quien, aunque falso sea,
no puede amar mas que á un hombre
porque es suya el alma entera.

EUG. Y así se va usted? Dios mio!
Cuanto su enojo me pesa!

No, Clara, no; yo estoy loco.
De cuanto dijo mi lengua
nada es verdad; se lo juro.

Pero su perdon conceda
á quien postrado de hinojos
á sus plantas se lo ruega. (*se arrodilla.*)

CLA. Todo es inutil.

ESCENA VIII.

Dichos, DON DIEGO, CARLOS, GUSTAVO.

DIE. Qué veo!

CAR. No es ilusion.

GUS. Santa Tecla!

DIE. Tu fiel amigo á los pies
de tu amante firme y bella!

CAR. Infames!

CLA. Cielos!

EUG. Qué es esto?

GUS. Pues digo! El mosquita muerta!
Conque apenas te presento
te cuelgas ya la prevenda?

CAR. Eugenio, de tal infamia
nunca capaz te creyera.

EUG. Carlos, tú tambien, Dios mio!

GUS. Y yo. Por Santa Teresa,
juro que satisfaccion

me has de dar de tal ofensa.

EUG. Satisfaccion bien cumplida,
tanto mas, cuanto que muerta
la pobre esperanza mia
en esta entrevista queda.

CAR. Qué dices?

EUG. Carlos, ha poco
infeliz dijiste eras?
Pues bien, los dos seremos;
no me ama.

DIE. Cielos!

CAR. De veras?

NO me engañas?
EUG. No, á Gustavo
adora constante y tierna.

CAR. Mientes!

EUG. Como!
GUS. Santos cielos!

Me ama!

CAR. Fortuna adversa!
Eugenio, te has engañado,
no es verdad? Di; pero apriesa.

EUG. No, Carlos, no; por desgracia
no cabe duda. Ha sido ella;
ella misma quien me ha dicho,
sin reparar en mi pena,
que siempre suya sería.

GUS. Bendita sea tu lengua!
Voy corriendo... Oh Clara hermosa!

CAR. Será cierto? Infame! Apenas
puede dar crédito el alma
á tal traicion!

DIE. Ya ves si eran
infundados mis recelos.
Ven, Carlos, huyamos de esta
emponzoñada mansion
do la mentira se alberga.

CAR. Un momento, padre mio.
(Le ama! Me vende la perfida!
Y he de consentir... No, nunca.
Ahora veremos. *(sale precipitadamente.)*)

DIE. Espera.
Dónde vas? Carlos, Dios mio!
Qué irá á hacer?

ESCENA X.

EUGENIO, *despues* MATILDE.

EUG. Fatal estrella
que sin cesar me persigues
y en todas partes me asedias,
cuándo de mi padecer
podré verte satisfecha?
No es á Gustavo, no hay duda;
es á Carlos á quien ella
ama. Y yo, torpe!.. Dios mio!
Pero si así es, ¿cómo es que esta
tarde vimos á Matilde
que escondida con la vieja
estaba en su misma casa?
Pues si su amante no fuera,
á qué tal misterio? Vamos,
se trastorna mi cabeza!
Corramos á averiguar...
Tal vez aun tiempo sea.

MAT. Oh! Sávele usted por Dios!
Corra usted! Dese usted prisa!
Se quiere batir.

EUG. Quién,
Carlos?

MAT. Carlos. Y por mi! que flemma!
Vaya usted! Ya será tarde.

EUG. Voy corriendo.

MAT. Aquí á la fuerza
traigale usted; es preciso
que yo al momento le vea.

EUG. Bien. Aquí vendrá. (Oh! no hay duda,
fué infundada mi sospecha!)

ESCENA XI.

MATILDE, *despues* CARLOS, EUGENIO.

MAT. Pero está loco? Dios mio!
De dónde nace su rabia?
Qué he hecho? Si estoy en babia!
Qué causa tal desvario?
Celos son! Celos crueles
la causa de sus enojos.
Pero qué, no vió á mis ojos
do quiera seguirle fieles?
No vió mi anhelo constante
por encontrarme á su lado?
Y con su mirar airado
no se trocó el mio amante?
Pues qué mas quiere? No sé.
Yo le amo, pero no alabo
que mate al pobre Gustavo,
sin porqué ni para qué.

CAR. Déjame. *(foro.)*

EUG. Yo te lo ruego.
Entra, amigo mio. Si.
Tal vez encuentres aqui
mi fortuna y tu sosiego.

MAT. Ah! Gracias, Dios mio! Ahora
no se batirá.

CAR. Podria
saber yo, señora mia?..

MAT. Lo que quiero?

CAR. Si señora,

MAT. Muy bien. Pues voy á esplicar
la causa de mi deseo,
ya que usted, por lo que veo,
no la quiere adivinar.

CAR. Adivinar? *(admirado.)*

MAT. *(con coqueteria.)* Justamente.
Usted adivinar debiera...

CAR. Bien; pero sea lo que quiera *(impaciente.)*
ruego á usted que prontamente
se explique. Porque en mis venas
la sangre arde.

MAT. Y el motivo
de ese furor?

CAR. *(Por Dios vivo!)*
Son cosas del todo ajenas
á su deseo.

MAT. No tal.
Lo sé todo, caballero;
todo, y reñirle á usted quiero
por su caracter fatal.

CAR. Reñirme?

MAT. Justo, tal vez,
juzgará usted ese duelo,
sin pensar que hay en el suelo
quien padecerá...

CAR. Pardiez!
Cosas son, Matilde bella,
esas de que usted me culpa,
que tan solo las disculpa,
mi opaca y fatal estrella.

MAT. Y si error fuera no mas
lo que usted cree desgracia?

CAR. Error? Me gusta la gracia!
Mis ojos yerran?

MAT. Quizás.

CAR. La burla viene en mal hora!

MAT. Burla! Merecia usted
que así fnese por mi fé.

Mas no estoy de burla ahora...

CAR. Y sostiene usted?

MAT. Sostengo
que al pobre Gustavo, no
debe usted matarle.

CAR. Oh!
No se como me contengo!

MAT. Lo dicho; y si de tal modo
le defiendo, es que segura
estoy, que á la sepultura
irá inocente de todo.

CAR. Inocente! Y si yo digo
que es un traidor! Un malvado!
Que la dicha me ha robado
de la amistad al abrigo!
Si digo, pues, que es eterno
mi dolor, que mi esperanza
es tan solo la venganza
aunque le occulte el infierno.
Tomará usted aun su defensa?

MAT. Y si digo yo, que sé
que equivocado está usted,
pues no es cierto lo que piensa?
Si digo que el solo dueño
del amor que tanto ansia
es usted...

CAR. Yo!

MAT. Todavía
proseguirá en el empeño
de batirse? Si aseguro
que aquella á quien usted ama
lágrimas de amor derrama
por usted; y si le juro
que hoy al saber su partida,
que impedir le era imposible,
comprendi cuanto es terrible
ver la esperanza perdida?...
Y si de esa escena estraña
me oye usted decir con pena
que la apariencia condena
pero que tambien engaña,
dudará usted aun?

CAR. No sé...
no sé; creer á usted ansio!
Si fuese verdad! Dios mío!
Matilde!...

MAT. Si por mi fé.
Carlos, mi labio no miente,
solo ha dicho la verdad.
Mas basta ya, por piedad.
Hacerme hablar mas no intente!

CAR. No, no, Matilde; la creo,
la creo; y tranquila el alma
cobra la perdida calma
cumplido ya su deseo.
A usted se lo debo todo.
Oh! Corro, corro á decir...

MAT. Y... Cielos! se va usted á ir!

CAR. Si señora.

MAT. Y de ese modo!...
Pues que, ¿tan poco merece
quien la paz le devolvió?

CAR. Ah! Perdone usted.

MAT. No, no,
No saldrá usted si no ofrece
que esas pasadas rencillas
olvidará.

CAR. Bien, consiento.

MAT. No es bastante; juramento

haga usted, y de rodillas,
sino, no sale de aqui.

CAR. Bien, lo juro. (se arrodilla.)

MAT. Y yo lo creo.
(Ay Carlos!)

ESCENA XI.

Dichos, CLARA, DON PEDRO, á poco DON DIEGO.

CLA. Cielos! qué veo!

PED. Ese es tu amante.

CLA. Ay de mi! (se desmaya.)

MAT. Mi tio!

DIE. Qué es esto?

CAR. Ay Dios!

CLA. Clara mia!

PED. Aparte usted.

CAR. Se ha desmayado!

PED. Lo sé.

DIE. Conque queria á las dos!

CAR. Pronto.

PED. No; todo es de mas.

Ya vuelve.

CLA. Ay de mi!

PED. Hija mia!

CAR. Clara! volvió! que alegría!

CLA. Gracias!

CAR. Las gracias me das!

CLA. Padre mio! Partiremos

al punto.

PED. Si, sin tardanza.

(Que pierda toda esperanza.)

Mañana de aqui saldremos.

CAR. Partir! partir! Tú, mi bien!..

PED. Señores...

CAR. Dicha perdida.

PED. Mañana es nuestra partida.

DIE. Carlos, la nuestra tambien.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

EUGENIO, Mozo.

EUG. Esta fonda es un convento.

Por mas que miro... No hay nadie.

Eh! Mozo! Baje usted al punto

y suba usted mi equipage

á un cuarto desocupado.

Mozo. Aquel es de usted.

EUG. Cuanto antes.

Por todas partes me sigue

y me anonada su imagen.

Clara! Horrible pesadilla!

Cuando miraré trocarse

este recuerdo asesino

por un olvido inmutable?

Desde aquella horrible noche

siento una duda que me hace

padecer mas que la muerte.

Todavía no es bastante

amar sin premio en la vida;

que he de sufrir sin quejarme

el vago presentimiento

que me persigue incesante?

Es muy cierto que Gustavo,

para aumentar mis pesares, dijo que Clara le amaba; cierto tambien que la tarde que estuve en casa de Carlos, Matilde á ver á su amante, fue; pero á pesar de todo, no sé por qué inesplicable aprension, juzgo que aquello fué un sueño, si. Imperdonable fuera mi loca conducta si Clara y Carlos se amasen. No sé por qué, todo el día pienso en ello. No, no es facil equivocarse, sabiendo que Gustavo era su amante. De todos modos, yo al punto sali de Madrid; en Cadiz estoy, y marcharme quiero para siempre... Inesplicable destino el del hombre! Quién me digera aquella tarde que despues de estar un año ausente de mis pesares, pusiera mi planta, necio, en su casa! Pero facil era la equivocacion; antes de que yo tornase á Madrid, don Pedro aun Marqués no era.

Mozo. El equipage.
Eug. Está bien
Gus. Voy... pero cielos!
(sale del cuarto de la derecha del actor.)
Esa nariz!.. Ese aire!
Es Eugenio... Que ocurrencial
(va por detrás y le tapa los ojos con las dos manos.)
Quién soy! Quien soy!

Eug. Cielos!
Gus. Hable!

ESCENA II.

GUSTAVO, EUGENIO.

Eug. Gustavo!
Gus. El mismo, Eugenio.
Pero que pronto acerlaste!
Eug. (Estará aqui Clara! Adios!
Gus. Espera.
Eug. No.
Gus. No seas cafre!

Hombre, encuentras á un amigo y sin querer abrazarle, te quieres marchar! A menos que alguna cita... Tunante!

Eug. No, pero...
Gus. Cuéntame, hombre. Qué buenos vientos te traen por Cadiz?

Eug. Viajar.
Gus. Es claro.
Eug. Y tú, cómo estás?...
Gus. Es facil

conocerlo; yo he venido con mis primas de viaje.

Eug. Clara está aqui!
Gus. Y Matildita tambien; y tambien el padre. Sabes bien que aquella noche

Nada, chico; dicho y hecho. A los tres días cabales ya estábamos en camino. Y tú?

Eug. Yo quise apartarme de la causa de mis penas, y en ella vengo á estrellarme.

Gus. Por cierto que mi Clarita, á poco de despreciarte por mi, segun tú digiste chico, me hizo unos desaires, que ya te quiero un recado!

Eug. Pero Gustavo, tú sabes que te quiere, ó solo...

Gus. Cómo! Pues me gusta! Yo soy frágil, pero no tanto, que vaya sin mas ni mas á pensarme que me quiere una muger sin habérmelo dicho antes.

Eug. Ah! Conque entonces, te quiere?

Gus. Claro está!

Eug. Ah! Gracias

Gus. Calle!

Tú me das las gracias. Tú, que la quisiste!

Eug. Ha un instante que me figuré que á Carlos amaba y ..

Gus. Jí! jí! Qué lance! Nada. Matildita y Carlos se aman. Pero nadie sabe dónde se marchó ese picaro.

Eug. Entonces, por qué no latian juntos sus...

Gus. Corazoncitos? No lo sé.

Eug. Carlos, su amante, está con vosotros?

Gus. Ca! En esta ciudad no hay nadie mas que Clarita y Matilde, y don Pedro y este jaque.

Eug. Dime, Gustavo, y si Clara y Carlos?..

Gus. Dime.
Eug. Se amasen?

Gus. Hombre, no seas cernicalo. No viste tú aquella tarde á Matildita en la casa de nuestro amigo?.. Bastante no es esto? Que, tú no viste á Carlos arrodillarse á sus piés? Lo que no acierto es por qué su tio, infame! los separó, y por qué el otro á su hijo...

Eug. Bien; bastante sé ya; me has quitado un peso horroroso.

Gus. Y á embarcarte vas?

Eug. Probablemente.

Gus. Iremos juntos.

Eug. Qué, os vais?
Gus. Disparate!

Yo decia á pasear en una lancha.

EUG. Es ya tarde
y me voy.

GUS. Te vas?

EUG. Y Clara
está buena?

GUS. Si; pasable
como dicen los modernos
aristarcos. Pero, calle!
¿a ti qué te importa?..

EUG. Nada.

GUS. No me ocultes que la amaste.

EUG. Ya pasó.

GUS. Pues está mala;
bastante mala, y su padre
está que bufa. Matilde
tambien está mala. Hace
ocho días que ninguno
habla palabra. Yo, antes
hablaba que era un contento;
ahora ni pizca. Acompáñame.

EUG. No me es posible. En mi cuarto
tengo que hacer.

GUS. Ah vergante!
Cartitas!

EUG. Si algo me aprecias
no digas, Gustavo, á nadie
que me has visto.

GUS. Secretitos!

EUG. Adios.

GUS. Adios. El te salve!
(vase por el fondo.)

ESCENA III.

DON PEDRO, CLARA, MATILDE, por la derecha.

PED. Clara mia! ven. Qué tienes?
La suerte tal vez lo quiso.
Ven á mi lado; es preciso
que tus pesares refrenes.
Qué te falta? Aquí, en mis brazos
gozarás de dulce calma.
Ay! No estés así, que el alma,
mi Clara, me haces pedazos.
Ven, si; la naturaleza
aliviara tu tristura;
ella roba la amargura
á la desgracia que empieza!

CLA. Ay!

PED. No me oyes, hija mia?

CLA. Si, papá.

PED. Pues si me atiendes,
por qué callando me ofendes?
Bien sé que la suerte impia
te demostró que en el mundo
no hay quien te quiera cual yo;
mas si tal te demostró,
con razon, Clara, me fundo
al decirte que á mi solo
me quieras. No es egoismo;
que tu pecho por si mismo
sabe que en mi amor no hay dolo!

MAT. (Ahora lo comprendo; necia
de mi! Torpe! Ya no creo
que ama á Gustavo, pues veo
que sin cesar le desprecia.
Ama á Carlos, y por mi
ausentes están los dos.
Cómo hacer! Bien sabe Dios
que tal cosa no creí!)

CAR. Usted por mi afecto olvida
á Matilde. Mire usted
que triste está. Bien se vé
que aqui la falta su vida.

PED. Hablas por Carlos?

CLA. Quisiera
que fueran felices.

PED. Ah!

A tu padre nada ya!

CLA. Oh! Si... mi amor!

PED. Bien, espera.

Matilde, alegre el semblante.

Sal con Gustavo á paseo;

distraete, porque veo

que estás peor cada instante.

Yo nunca fui rencoroso;

te he procurado dar gusto;

y aunque mi genio es adusto

quiero mucho tu reposo.

Alegraos, hijas mias!

en mi teneis un amigo.

Quereis pasear conmigo?

Afuera penas impias!

CLA. (Me da lástima! Le adora!

Yo quiero hacerlos felices.)

PED. Vamos, Matilde, qué dices?

MAT. Nada tio. (Clara llora!)

Clara!

CLA. Matilde!

PED. Por Dios,

que me van á hacer llorar!

MAT. (Cuanto se deben amar!)

PED. Valeis á cual mas las dos.

Venid, iremos al puerto.

MAT. Tio!.. Vaya usted con Clara,

que á mi no me aprochará

el aire. (Que hacer no acierto!)

CLA. Matilde! (Temblando está.)

MAT. Hasta luego. (Es lo mejor.)

(entra en la derecha.)

PED. Vendrás conmigo, mi amor?

Vamos.

CLA. Oiga usted, papá.

ESCENA VI.

DON PEDRO, CLARA.

PED. Qué quieres, dime?

CLA. Atencion.

PED. Ya te la presto, habla pues;

pero no olvides quién es

á quien das tu corazón.

CLA. No, papá, pasó al momento

aquella loca quimera;

un capricho de niña era,

y no me robó el contento.

Si ahora le suplico á usted

que me escuche, si me estima,

es para hablar de mi prima.

PED. Habla, que te escucharé.

CLA. Desde aquella noche horrible

para ella, no respira;

sin cesar llora y suspira;

y es su pesar indecible.

Yo he observado á sangre fria

lo que sufre, y me dá miedo,

y francamente, no puedo

ver prolongar su agonía.

Que ella ama á Carlos, es llano,

que él la quiere, lo es también,
y matarlos no está bien
por un capricho liviano.
Si llevo á hablarla, sus ojos
de lágrimas mil se llenan
que á verterse le condenan
dándome, señor, enojos.
Ausente del bien que adora
sufre horrorosa tortura;
solo tiene una ventura;
y es que cuando quiere, llora.
En el aire, en su aposento,
en cuanto pisa su planta,
de su Carlos se levanta
el inolvidable acento.

Y ese acento de pasión
que con galas de amor viste,
de su mente donde existe
rechaza su corazón.

No le olvida ni un momento,
y cuando de amor delira,
hasta el aire que respira
es de Carlos el aliento;
la planta, la flor, el río
fingen su imagen amada...

Y cree verle en la alborada,
en las gotas del rocío;
sin él no puede vivir;
sufre en silencio y le llora;
y pues que tanto le adora,
oh! cuánto debe sufrir!

PED. Clara! Clara!

CLA. La pintura
hice al vivo, padre mío!
porque sepas el impio
mal que causa su amargura.
Ahora bien, pues sufre tanto,
y pues hacerlo podemos,
justo es, papá, que troquemos
en risa su amargo llanto.

PED. Si hay algo que en mi consista
desde ahora lo concedo;
mas juzgo que en nada puedo.

CLA. No á mis ruegos se resista,
quien tanto, papá, me quiere.

PED. Habla.

CLA. Y bien; usted no ignora
que Carlos, señor, la adora.
Matilde por él se muere,
separados, bien se oye
que sufren; él sufrirá...
Y pues no hay remedio ya...

PED. Qué!

CLA. Concédasela usted.

PED. Comprendo tu sacrificio;
que tienes un alma, Clara,
que cualquier hombre envidiara.

CLA. Es decir, ¿que oyó propicio?

PED. Inútil, Clara, es decir
que comprendi tu intencion.

CLA. Entonces mi peticion...

PED. Yo no puedo consentir.
pues amas á Carlos.

CLA. No á fé.

PED. Me mientes!

CLA. No, padre mío.

Fué un capricho.

PED. Y el impio
te olvida!

CLA. Yo no le amé.

Chocóme, sí, su talento;
y no mentiré, si digo
que le juzgué mas amigo
que debiera. En el momento
hablé á usted, y fué locura
que causó de ambos la pena,
locura que se condena
haciendo ahora su ventura.

PED. No, Clara, te mintió amor,
y amaba á Matilde.

CLA. Digo
que le juzgué mas que amigo,
pero sin causa, señor.
Así que cuando advertí
que se amaban, á otro hombre
di esperanza, que...

PED. Su nombre.

CLA. Eugenio Benameji.
Con él me reconcilié,
y en prueba de que no miento,
hasta creo que al momento
le di mi palabra y fé.

PED. No es posible.

CLA. De ese modo,
usted nos hará felices
á los cuatro.

PED. ¿Que dices?

CLA. Que, consiente usted?

PED. No en todo.

Tu amas á Eugenio?

CLA. El me adora.

PED. Pero tú...

CLA. Yo hacerle quiero
feliz.

PED. Te merece?

CLA. Espero
que sí.

PED. No olvides ahora,
Clara, que no hay ningun hombre
en quien se pueda fiar,
sin que pruebas llegue á dar
de su amor mil... No te asombre!
Hice una vez la intencion
de separarte de mí.
Pero yo no huiré de tí.

CLA. Qué!..

PED. Sin esa condicion.
A más, si tú no le quieres,
por qué?

CLA. Premiar su cariño
quisiera.

PED. Pues bien, te riño...
Por cambiar de pareceres.
La muger, cuando á un mortal
entregue su amor, su mano,
debe amarle mucho; es llano,
que el amor, si no es un mal.
Así deja á mi conciencia
obrar, Clara, en este asunto,
que este, hija mia, es un punto
de saber y de experiencia.

CLA. Pero Matilde sufriendo
está entre tanto, y me aflige.

PED. No haré mas que lo que dije.
(Yo no sé si la comprendo;
pero habla con tal verdad!..
Oh! Y perderla...) Clara mia,
deja que pase hoy el día



en completa libertad.
Además; Carlos huyó,
y no sabemos si él quiere
á Matilde; que ella espere,
Clara, como espero yo.

CLA. Mas...

PED. Tu proceder alabo,
aunque mi suerte no labra;
no digais una palabra
á Matilde ni á Gustavo.

CLA. Oh! No. (Mi tormento crece,
pero aliento con mas calma.)

PED. (O es verdad, ó tiene un alma
que ninguno la merece.) *(vase por el fondo.)*

ESCENA V.

CLARA, EUGENIO, *por la izquierda.*

CLA. Ya está marcada mi suerte!
El infiel que me engañaba
al decirme que me amaba!
Mas qué le importa mi suerte!
Goce en buen hora el amor
que enagena sus sentidos!
Pero verlos reunidos!..

Ah! No; no tendré valor!

Ya hice promesa formal!

Mi mano á Eugenio!.. Ay de mí!

EUG. Cielos! Es Clara!

CLA. Si, si,
haré su bien con mi mal.

EUG. (Valor!) Clara!

CLA. Eugenio! Oh!

EUG. Señora, perdóneme usted
si atrevido me acerqué...

CLA. Ah! No ha sido nada, no.
Creí...

EUG. Basta, entiendo; todo
me lo figuraba.

CLA. Espero
que usted se explique. (Yo muero!)

EUG. Que me explique? Y de que modo?
Si hubiera, Clara, sabido

que usted á Carlos amaba,

señora, segura estaba

que la hubiera perseguido;

pero Gustavo su amor

con usted me dijo, y luego...

CLA. A comprenderle no llego.

EUG. Puedo explicarme mejor!

CLA. Eugenio, usted se equivoca;

no amo á Carlos ni él á mi.

EUG. Eso, señora creí.

CLA. Y eso, Eugenio, creer le toca.

(Valor!) Y por mejor prueba

de lo que digo, hace poco

que mi padre...

EUG. (Yo estoy loco!)

CLA. Ya mi voluntad se lleva.

Matilde y Carlos se adoran,

se prolonga su quebranto,

y por adorarse tanto

ambos en la ausencia lloran.

Pues bien, si á Carlos hallar

podemos, sin dilacion

los veré sin afliccion

unidos en el altar.

EUG. Cómo! Y usted?

CLA. Yo mentir

no debo. En su bien me afano, si lo sup
y le daré á usted mi mano
si usted la quiere admitir.

EUG. Cómo! Es posible! No,
Comprendo todo, señora;
aun no ha llegado la hora
en que sea feliz yo.

CLA. Usted la despreciaría?

EUG. Por ella mi vida diera,

Clara, si no comprendiera

que nunca debe ser mia;

admiro su corazon

y le envidió por mi fé;

pero no ha nacido usted

para pagar mi pasion.

CLA. Y si yo al darle mi mano...

EUG. Clara, no la admitiria

nunca.

CLA. Posible sería?

EUG. Lo juro.

CAR. (Ah! Juntos! Villano!)

EUG. Si, Clara; la adoro á usted,

la escucharé á usted benigno,

pero yo me juzgo indigno

de conseguir tal merced.

ESCENA VI.

Dichos, CARLOS, *por el fondo.*

CAR. Señores...

CLA. Carlos aquí!

CAR. Estraña sorpresa!

De haber entrado me pesa;

mas juro que nada oí.

CLA. (Tiene valor el infiel

de hablarme!) Y cómo es que al fin

nos vemos?

CAR. En el jardín

vi á Gustavo, absorto él

de verme, me confesó

que ustedes todos estaban

aquí.

EUG. (No hay duda: se amaban.)

CAR. Y á ver á usted subi yo.

Supe que una enfermedad...

CLA. Poca cosa.

CAR. Así lo creo;

que usted se alivie deseo...

CLA. Mil gracias.

CAR. Es la verdad.

CLA. Entre usted, porque estará

adentro Matilde bella.

CAR. Estará como usted, ella

entretenida.

CLA. Quizá;

pero tambien pesarosa

y enferma mi prima ha estado;

usted no la habrá olvidado

como á otras mil.

CAR. No hay talcosa

Soy constante.

CLA. Oh! Bien se vé,

y usted lo es aun mas que yo.

CAR. Puede; no digo que no.

EUG. (Se quieren, no me engañé.)

CLA. Eugenio, sabe usted ya

que mi padre está esperando

para hablarle?

CAR. Y vamos, cuándo

es la boda?

CLA. Pronto quizá.

EUG. Clara! Carlos!

CAR. Oh! Mi amigo
leal!

EUG. Siempre.

CAR. Como ahora
leal; como esta señora.

EUG. A probártelo me obligo.

CAR. Y yo me obligo también.

Eugenio mio, á probar...

Mas no quiero incomodar:
que ustedes lo pasen bien.

EUG. Carlos!

CAR. Eugenio, en buen hora
faltar á lo que me debes,
pero....

EUG. Carlos, y te atreves!

CLA. Eugenio, Carlos!

CAR. Señora!

ESCENA VII.

Dichos, DON PEDRO, DON DIEGO.

PED. Aquí Carlos! *(por el fondo.)*

DIE. Clara aquí! *(por la izquierda.)*

PED. Caballero!

DIE. Caballero!

Estraña casualidad
la de venir...

PED. En efecto.

DIE. *(Se han visto!)*

PED. *(Se han visto!)* Cómo!

También allí á don Eugenio
miro.

EUG. También.

CAR. *(Fementida!)*

CLA. *(Falso!)*

EUG. *(Es preciso...)*

PED. Yo espero
que usted me honrará quedándose
á mi mesa.

CAR. *(Oh Dios!)*

DIE. No puedo

acceder... probablemente

ahora mismo partiremos.

No es cierto, Carlos?

CAR. Al punto.

PED. Permitame usted primero

que le pida una pequeña

entrevista.

DIE. La deseo.

PED. Siendo así, Clara, hija mia,

retírate á tu aposento,

y espérame allí. No olvides,

Clara, lo que yo te quiero.

DIE. Carlos, Clara; á Dios, Eugenio!

CLA. *(Se vá sin decirme nada!)*

CAR. *(Ni una mirada!)*

EUG. *(Primero*

es su amor que mi ventura.

Valor. Haré lo que debo.)

ESCENA VIII.

DON PEDRO, DON DIEGO.

PED. *(Veremos: si su egoísmo *(se sientan.)**

no se vence cual deseo,

y como yo venzo el mio

puede rogar, Clara, al cielo!)

DIE. *(Sin duda va á proponerme
una boda; no, primero
que apartarle de mí lado...)*

Yo sé lo que hacerme tengo.)

PED. Escucheme usted, y siéntese.

Raro fué, señor don Diego

el modo con que nosotros

hicimos conocimiento

Raros por demás también

los repetidos sucesos

que han pasado desde entonces

hasta que hemos vuelto á vernos.

Pero sean los que fueron,

aseguro que mi afecto

hacia usted, es como debe;

desinteresado, cierto...

Usted quizá, por razones

de esperiencia que comprendo,

ha querido que su hijo

los paternos consejos

de usted obedezca, aunque

hayán sido algo severos.

Yo también, por mil razones

que de relatar no es tiempo,

he procurado que nunca

encontrara mi hija el medio

de abandonar, al que solo

la tendrá un amor sincero.

Ambos padres; ambos locos

llegamos á suponernos

que pueden algo las causas

contra juveniles pechos.

Ambos, si, convertidos

nuestra locura entendemos.

Su hijo de usted y mi hija

se amaban; casuales hechos,

contratiempos imprevistos

que ninguno comprendemos,

han separado, hace poco,

sus dos almas de su afecto,

y por una providencia

ó casualidad, el cielo

vuelve al fin á reunirnos

á todos bajo este techo.

Hubo un tiempo, en que creía

poder tener el consuelo

de no separarme nunca

de mi hija. Loco empeño!

Ama á otro hombre, porque todos,

todos lo mismo hemos hecho.

Matilde á don Carlos ama;

pero le quiere en silencio,

y quizá su afecto pase

viendo imposible su afecto.

Ahora bien; mi hija fallece,

y como que casi creo

que fué un error lo que vimos

aquella noche, me atrevo

á ofrecer á usted la mano

de mi hija para el dueño

de su corazón; y si este

sacrificio...

DIE. Le comprendo;

ayer usted no quería

verificar su himeneo

con el hombre que hoy elige

usted para ese alto puesto.

Usted el primero fué

que á su hija al aposento
 llevó donde el hijo mio
 era traidor á su afecto,
 y hoy que vé que su hija sufre,
 que padece mil tormentos,
 y que sin Carlos no vive,
 usted con laudable empeño
 ese favor me concede
 que á solicitar no vengo.
 Su desinterés me encanta;
 en cuanto al favor, le niego.

PED. No hay mas que hablar; usted llama
 egoista á mi proyecto;

y condena usted á que sufra
 su hijo Carlos en silencio;
 usted, pues que se aman tanto,
 felices hoy puede hacerlos
 con desinterés sin limites,
 niega su consentimiento
 á un proyecto que yo nunca
 pensé rebajarme á hacerlo.

DIE. Hay tambien otras razones,
 sin disputa, de mas peso
 que me obligan á negarme
 á tal cosa, y no comprendo
 como usted, que las conoce,
 tal enlace me ha propuesto.
 No encontré usted á mi hijo
 de rodillas, segun creo,
 á su sobrina de usted
 haciéndola juramentos?

No encontré yo mismo á Clara
 hablando con don Eugenio,
 despues de dar á Gustavo,
 su primo tambien, su afecto?
 No son ambos fementidos?
 No son ambos falsos! Cierto.
 Y pues mi hijo fué la causa
 de acibarar un momento
 la salud del bien que adora,
 ó del que adoró primero,
 puede atreverse otra vez
 á quererla, y me le llevo.

PED. Y bien; oiga usted lo que hace.
 Mi hija tal vez creyendo
 que don Carlos y Matilde
 se aman ..

DIE. Y puede ser cierto.

PED. Renunciar quiere al cariño
 de don Carlos, y con ruegos
 me ha suplicado que haga
 esposa suya al momento
 á Matilde.

DIE. Eso le ha dicho?
 Pues es extraño en efecto.
 Entonces es ya seguro
 que era mentira su afecto,
 cuando renuncia con tanta
 facilidad á su dueño.

PED. Y si yo añadiese á usted...

DIE. No se canse usted, don Pedro;
 cuanto diga será en valde.
 Lo que solo haré en su obsequio,
 es apartarle del lado
 de su hija. Caballero...

PED. De su hijo la ventura
 sacrifica...

DIE. No; comprendo
 muy bien el mundo, y...

PED.

Va basta;

he creído que primero
 era la dicha de un hijo
 que el egoismo paterno...
 Me he equivocado.

DIE.

Tambien

yo creia en otro tiempo
 que una muger no debia
 decir dos veces te quiero.
 Que quiere usted! Son chocheces!..

PED. Su respuesta...

DIE.

La sostengo.

(vase don Pedro derecha.)

ESCENA IX.

DON DIEGO, MATILDE.

DIE. Es necesario partir;
 huiamos sin dilacion;
 ya me falta corazon
 para luchar y reñir.
 No, no quiero proponer
 á mi hijo boda ninguna;
 su bienestar, su fortuna
 llegará al punto á perder.
 Le apartaré del abismo
 donde hundirle el mundo quiere.
 Hoy don Pedro le prefiere
 por razones de egoismo.
 Matilde misma se holgára
 de unirse con el que quiere,
 y aunque amandole se muere
 sacrificaría á Clara.

MAT. Le buscaba á usted, señor.

(sale por la derecha.)

DIE. En qué servirla pudiera?

MAT. Feliz, don Diego, me hiciera
 concediendome un favor.

DIE. Hable usted.

MAT.

Se que mi tio
 piensa con Carlos unirme,
 y sin querer prevenirme
 colma mi dolor impio;
 y yo, que sé de mi prima
 el amor, vengo á rogarle
 que solo llegue á casarle
 con ella, si es que me estima.

DIE. Ah! Usted no quiere á mi hijo?

MAT. Mas que á mi vida, señor,

Pero es mayor el dolor
 porque ante usted me aflijo.
 Cierto es que á Carlos amé;
 por una equivocacion
 crei que su corazon
 era mio, y me engañé.
 Hoy, Clara, tal vez creyendo
 que nos amamos los dos,
 quiere que huncidos por Dios
 nos continuemos queriendo.
 Si usted me atiende propicio,
 que ellos se casen espero;
 que á su sacrificio quiero
 oponer mi sacrificio.

DIE. Ah! Clara!..

MAT.

Si, por hacer
 de su Carlos la ventura,
 á una perpétua amargura
 condenaba su querer.
 Y yo que le amo, y no ignoro

que solo él á Clara estima,
quiero que aliente á mi prima
el hombre que tanto adoro.

DIE. Matilde! Absorto me deja
y no sé que contestarla!
No quisiera desairarla
que mi razon lo aconseja.

No mas, no mas; mi egoismo
me logrará dominar;
aun pudiera usted trocar
en amor mi escepticismo.

MAT. Y bien; pues usted accede,
á nadie diga mi ruego;
aunque pierda mi sosiego;
mi pecho hará lo que debe.

DIE. (Que sospecha! Si amará
á otro, y por eso?) Y usted
se casa?

MAT. Nunca.

DIE. Porqué?

MAT. Me es su memoria harto cara.
Pudiera con mil deslices
borrarle de mi memoria;
pienso vivir con la gloria
de haberlos hecho felices.
Nunca de un hombre seré,
pero que nadie adivine
que á rogárselo á usted vine.

DIE. Matilde, abrácese usted. (*vase fondo.*)

ESCENA X.

MATILDE, CLARA, por la derecha.

MAT. Ahora respiro tranquila;
aunque pierdo al que amo tanto,
ahora ya, ante ellos, mi llanto
no brotará á mi pupila.

Qué me importa mi amargura
si á su amor Carlos avanza?
Que, que muera mi esperanza
si logro hacer su ventura?

CLA. Matilde!

MAT. Clara, el contento
vuelva á tu faz congojosa
Creo que serás dichosa.

CLA. No cesará mi tormento.
Nadie en mi mal es culpable,
ni en mi acerba desventura
pero aumenta mi tortura
tu conducta inexplicable.

Sé, Matilde, me robabas
el amor porque vivía;
si es que Carlos te queria
por qué no me lo contabas?

No ya que lo hagas te pido;
tal vez me hubieras salvado...
mi fuego hubieran ahogado
las lágrimas del olvido.

MAT. No, Clara, me culpes hoy
de tu sufrimiento fiero,
sin escucharme primero
porque á explicártelo voy.

No te negaré que un dia
miré á Carlos anhelante,
con ese afan incansante
que cualquiera causaria.

Yo no sabia, mi Clara,
vuestro amoroso respeto,
que era tal vuestro secreto

que nadie lo adivinara.
Puedes creer lo que he dicho,
que no fuera mentirosa;
miré á Carlos afectuosa
mas sin pasar de capricho.
Una noche que por mi
pasó el interés primero,
al abrir mi costurero
vi una carta que está aqui.

CLA. Para ti?..

MAT. No, para Clara.

CLA. Cielos!

MAT. Oye; no decia

á quien se la dirigia;
qué extraño que me engañara!
En ella mi inteligencia
vió que él queria inclemente
entregar su amor ardiente

al suplicio de la ausencia;

y sin reparar en nada,

creyéndola para mi,

á su casa, Clara, fui

atrevida ó angustiada.

Tan solo por compasion

fui á decir que no marchase,

y que mi pena tomase,

mi mano y mi corazon.

Todo esto, sin interés

verdadero, ya te he dicho,

que era un pequeño capricho

como en mi conducta ves.

CLA. Y él?..

MAT. No le vi; volvi en breve

á casa, y...

CLA. Entonces no

me olvidó ni me engaño!

A creerlo no se atreve

mi alma!

MAT. Pues es la verdad.

Como Gustavo decia

á Eugenio que te queria,

él obró con libertad,

y al decirle que ofendiendo

estaba él á tu amoroso

afan, creyó que él dichoso

era...

CLA. Todo lo comprendo.

Eugenio á Carlos... Mas no

le vi á tus pies?

MAT. Creia

que Carlos se batiria

con Gustavo, y quise yo

oponerme, asegurándole

que aquella á quien él amaba,

á Gustavo no adoraba.

Tú entonces, Clara, encontrándole...

CAR. Quiero verla.

CLA. Oh! Carlos mio!

Perdona si te ofendi

cuando ingrato te crei.

CAR. Que escucho!

MAT. (Valor, Dios mio!)

ESCENA XI.

Dichas, CARLOS por el fondo.

CLA. A dónde está? Quiero verle.

CAR. Señora!

CLA. Carlos, es cierto

que me amas á mí? No acierto!..

CAR. He dejado de quererte?

MAT. (Nada para mí!)

CLA. Lo sé;

Matilde me lo ha contado; estabas equivocado.

CAR. Pero con justicia, á fé.

CLA. No, yo te quiero.

CAR. Señora...

CLA. Si, te amo. Pero, qué miro! Ni una palabra.

MAT. Respiro!

Cese vuestro mal ahora. Usted, Carlos, algún día me ha dicho que me adoraba?

CAR. Nunca, y...

CLA. Y yo que lo pensaba!

CAR. Tú, celos!

CLA. Si, los tenía.

MAT. Esta carta, para quién la escribió usted?

CAR. Para Clara.

MAT. Por una cosa barto rara otra la cogió tambien. Usté el sitio equivocó.

CAR. Oh! Momentos venturosos!

MAT. (Vivan y gozen dichosos, y sufra en silencio yo!)

CAR. Es decir que no querias á Gustavo?

CLA. Solo á ti.

CAR. Y yo necio, que creí!..

CLA. Hoy tornan mis alegrías.

EUG. Se aman; no es cierto? (*aparece por el fondo.*)

MAT. Los dos (*en la puerta del fondo.*)

EUG. Matilde!

MAT. Eugenio!

EUG. Ya entiendo á usted.

MAT. Y yo le comprendo.

EUG. Nosotros!..

MAT. A Dios!

EUG. (*se dan las manos. Eugenio sale.*) A Dios!

CAR. Si: pruébente mis abrazos que es la dicha, sin enojos, perder la vida en tus ojos, volver á hallarla en tus brazos. (*aparecen los padres.*)

ESCENA XII.

Dichos, DON PEDRO, DON DIEGO por el fondo.

CLA. No mas en mi contra arguya males del tiempo perdido.

CAR. Demos la pena al olvido. Siempre tuya.

CLA. Siempre tuya.

DIE. Clara!

CLA. Señor!

PED. Carlos!

DIE. (*ap á Matilde.*) (Calma!)

MAT. Lloro de amor; de alegría!

DIE. Hijo querido!

PED. Hija mia!

De hoy mas Clara de mi alma de Carlos podrás ya ser, sin pesar, sin sentimiento; él me dejará un momento

para poderte querer.

DIE. Matilde! Tú, con razon no mereces el olvido, ya que la dicha has vertido en mi seco corazon

MAT. Señor, silencio!

PED. Te escucho,

y de gozo salta el pecho.

DIE. Matilde, padre me ha hecho; ámala, que vale mucho.

CAR. Negará usted, padre mio; que injustos sus pareceres.

DIE. Los destruyo en las mugeres; en tu amigo no confio.

ESCENA XIII.

Dichos, GUSTAVO, por el fondo.

Gus. Toda la familia inquieta estará. Si, vengó al trole; antes servi de monote: ahora sirvo de estafeta.

Tio, una carta.

PED. De quién?

Gus. Clara! Matilde! Qué es esto?

Soy yo algun trasto; algun tiesto? Justo; era un hombre de bien.

PED. En fin, que diablo!.. Me abraso Ya no sufro. Claramente. Que tú me amas, es corriente. Vamos á salir del paso.

Clarita, premias mi amor? Te ofrezco mi mano blanca.

CLA. Carlos!

CAR. Y si me desbanca?

CLA. Yo... la renuncio.

Gus. Mejor.

Si todo ha sido un liviano capricho... Matilde, cá! Estará hecha una jalea. Toma.

MAT. Renunció tu mano.

Gus. Bien; buscaré nuevos lazos; no moriré como quieres, que siempre hay tres mil mugeres deshechas por mis pedazos. No me importa, fué un capricho, y me quedaré con él, porque no se hizo la miel para la boca del asno. Me dicho!

DIE. «Para acibarar mi mal (*leyendo la carta que dió Gustavo á don Pedro.*) amé á Clara, y un error me hizo aparecer traidor; me hizo parecer leal; Eugenio parte, y la amaba»

CAR. La experiencia!

DIE. Vanos nombres, no son tan malos los hombres como yo me figuraba! Tenias, Carlos, razon; de hoy mas, creeré con justicia, que no siempre la malicia se alberga en su corazon. Puede tal vez un desliz...

CAR. Padre mio!

DIE. Me he enniadado. Ayer fui muy desgraciado, y hoy me encuentro muy feliz.

PED. Yo, aunque tal vez no me cuadre,
me convenzo, y no os asombre;
de que puede haber un hombre
que ame como quiere un padre
Tuyo, es Carlos, mi tesoro...
Tuyo... pues yo le he perdido,
pero no echés en olvido
nunca... que siempre la adoro.

CLA. Carlos!

CAR. Clara!

MAT. (No hay valor!)

PED. Y tú, Matilde!..

MAT. Jamás.

DIE. Es un angel. (*á don Pedro.*)

PED. Si, de hoy mas
parto contigo mi amor

DIE. Nuestro error fué cosa cierta,
y en la esperiencia me fundo,
si ahora digo que en el mundo
quien piensa mal, mal acierta.

FIN DE LA COMEDIA.

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS
DEL REINO. — Aprobada en sesion de 29 de no-
viembre de 1850. — Es copia del original censu-
rado. = *Rafael Perez Vento.*

Madrid, 1851.

IMPRESA DE VICENTE DE LALAMA,
calle del Duque de Alba, núm. 13.

Dir. Nuestro error los cosa ciela
y en la esperancia me funde
si ahora digo que en el mundo
quien piensa mal, mal acierta

FIN DE LA COMEDIA.

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS
DEL REINO.—Aprobada en sesion de 29 de no-
viembre de 1850.—Es copia del original censa-
rado.—Rafael Perez Vento.

Imprenta de Vicente de Jalapa

Por. Yo, aunque tal vez no me cuadre
me convengo, y no os acordare
de que puede haber un hombre
que ame como quiere un padre
Tuyo, es Carlos, mi leonero...
Tuyo... pues yo lo he perdido
pero no es en el mundo
nunca... que siempre la ahora.

Car. Carlos...
Car. Clara...
Mat. (No hay error)...
Pro. Y la, Malilla...
Mat. Jamás...
Dir. Es un angel, (a don Pedro)...
Pad. Si de hoy mas
parto contigo mi amor...

Car. Carlos...
Car. Clara...
Mat. (No hay error)...
Pro. Y la, Malilla...
Mat. Jamás...
Dir. Es un angel, (a don Pedro)...
Pad. Si de hoy mas
parto contigo mi amor...

Car. Carlos...
Car. Clara...
Mat. (No hay error)...
Pro. Y la, Malilla...
Mat. Jamás...
Dir. Es un angel, (a don Pedro)...
Pad. Si de hoy mas
parto contigo mi amor...

Car. Carlos...
Car. Clara...
Mat. (No hay error)...
Pro. Y la, Malilla...
Mat. Jamás...
Dir. Es un angel, (a don Pedro)...
Pad. Si de hoy mas
parto contigo mi amor...

Car. Carlos...
Car. Clara...
Mat. (No hay error)...
Pro. Y la, Malilla...
Mat. Jamás...
Dir. Es un angel, (a don Pedro)...
Pad. Si de hoy mas
parto contigo mi amor...

Car. Carlos...
Car. Clara...
Mat. (No hay error)...
Pro. Y la, Malilla...
Mat. Jamás...
Dir. Es un angel, (a don Pedro)...
Pad. Si de hoy mas
parto contigo mi amor...

Car. Carlos...
Car. Clara...
Mat. (No hay error)...
Pro. Y la, Malilla...
Mat. Jamás...
Dir. Es un angel, (a don Pedro)...
Pad. Si de hoy mas
parto contigo mi amor...

Car. Carlos...
Car. Clara...
Mat. (No hay error)...
Pro. Y la, Malilla...
Mat. Jamás...
Dir. Es un angel, (a don Pedro)...
Pad. Si de hoy mas
parto contigo mi amor...

Car. Carlos...
Car. Clara...
Mat. (No hay error)...
Pro. Y la, Malilla...
Mat. Jamás...
Dir. Es un angel, (a don Pedro)...
Pad. Si de hoy mas
parto contigo mi amor...





Biblioteca Regional
de Madrid Joaquín Leguina



1345819